

NO SON TODOS RUISENORES.....

COMEDIA FAMOSA

PERSONAS

DON JUAN.
DON FERNANDO.
LISARDO.
DON PEDRO.
DON GARCÍA.
LEONARDA.

MARCELA.
MÚSICOS.
VALERIO.
MÁSCARAS.
COSME, *jardinero*, y EL-
VIRA, *su mujer*.

ACTO PRIMERO.

Salen D. Juan y Lisardo.

JUAN.
¡Bella ciudad!

LISARDO.
Puerto y puerta
De Italia á España.

JUAN.
No mira,
En cuantos círculos gira
Desde que el alba despierta,
Más ilustre asiento el sol.
Parece que es Barcelona
La frente de la corona
De todo el orbe español.

LISARDO.
Estos días, por lo menos,
Son de regocijo grande.

JUAN.
No hay quien por las calles ande.

LISARDO.
Están de contento llenos
Los gallardos ciudadanos
Con la Reina, que Dios guarde.

JUAN.
Han querido hacer alarde,
Lisardo, á los castellanos
De su riqueza y valor;
Y como en tiempo han venido
De máscaras, ha lucido
La competencia mejor.

LISARDO.
Cuanto aquí se solemniza
Entre noble y vulgar gente,
Cubre silencio prudente
El Miércoles de Ceniza.
¿Nunca habéis visto escuadrón
De pájaros acostado,
Chillando en olmo acopado,
Y llegar de golpe halcón,
Cesando todo el rüido?
Pues lo mismo habéis de ver,
Porque en llegando, ha de ser
De toda la fiesta olvido.

Pero de tanta grandeza,
¿Qué os pareció lo mejor?

JUAN.

La gracia, el aire, el valor,
La discreción, la belleza
De la dama que en la playa
Vimos del mar antiyer.

LISARDO.

Don Juan, lo que no ha de ser
Posible, luego desmaya.

Para quien se ha de embarcar
A Italia, como los dos,
¿Qué nos puede á mí ni á vos
Tanta grandeza importar?
En el coche y los criados
Lo principal conocí.

JUAN.

Mientras estuviere aquí
La ofreceré mis cuidados.
Si pasos de un forastero
Merecieren que al balcón
Salga....., que en esta ocasión
El tiempo es galán tercero
Para que con libertad
Se pueda hablar y servir.

LISARDO.

No hay tiempo en que presumir
Se deba seguridad
Con gente tan belicosa.

Suena música dentro, y entren Leonarda y Marcela, damas, con sombreros de pluma y gabanes ricos, y dos mascarillas de tafetán.

MARCELA.

Es notable atrevimiento.

LEONARDA.

Responde mi pensamiento
Que fué la ocasión forzosa.
Mas ¿no es ésta la posada?

MARCELA.

Por las señas, ella es,
Que la pregunté después,
Aunque ninguno me agrada.
Y lo que has hecho es fineza
Que, á saberse en la ciudad,
Quedara tu libertad
En opinión de bajeza.

LEONARDA.

El tiempo, la confusión
De propios y forasteros,
El vulgo, los caballeros,
Tanta gala é invención,
No dejarán reparar
En el disfraz que traemos.

MARCELA.

Á la puerta están.

LEONARDA.

Lleguemos.

JUAN.

Máscaras, ¿queréis entrar?

LEONARDA.

No, sino hablaros aquí;
Que nos dicen que los dos
Sois muy discretos, y vos
Me lo parecéis á mí.

JUAN.

¿Habéisme hablado?

LEONARDA.

Una tarde.

JUAN.

¿Dónde?

LEONARDA.

En la playa del mar,
Aunque me hicistes quedar,
Con vuestro ingenio, cobarde.

JUAN.

Esa voz, y lo que muestra
Ese tafetán sutil
Descubierto de marfil
De la luna hermosa vuestra,
Me dicen quién sois.

LEONARDA.

No habéis

Dado en el blanco.

JUAN.

Antes sí;

Que lo blanco dice aquí
Lo que encubrir pretendéis;
Y los rayos lo dirán
De vuestro sol dividido,
Que parece que ha rompido
Las nubes de tafetán
Para salir á abrasarme.

LEONARDA.

Pues ¿á un hombre se habla así?

JUAN.

Muy hombre sois para mí,
Mas solamente en matarme;
Que los que muy hombres son
Llama valientes la espada,
Y aunque en vos viene envainada,
Conozco la guarnición.

LEONARDA.

En todo estáis engañado;
Como hombre me habéis de hablar.

JUAN.

Será fuerza imaginar,
Por lo hermoso y lo vendado,
Que sois, señora, el Amor;
Queja que un hombre tenía
Porque pintado le había
Como hombre el primer pintor.

Que sin otros pareceres,
Dijo que debió de ser
No pintar á Amor mujer,
Por no haberlo en las mujeres.

LEONARDA.

No entendió bien la razón
De pintar al amor hombre,
Fuera de ser este nombre
Común á toda afición.

Que haberle esa forma dado,
Fué porque había de ser
Verdadero en la mujer,
Y en el hombre amor pintado.

JUAN.

Ríndome, aunque es tarde ya.

LEONARDA.

Pues ¿quién duda que diréis
Que lo estáis?

JUAN.

Vos lo sabéis.

LEONARDA.

¿Yo lo sé?

JUAN.

Pues claro está.

LEONARDA.

¿Cómo?

JUAN.

¿No habéis hoy tomado

El espejo para veros?

Pues ¿quién pudo responderos

Mejor lo que habéis dudado?

Si no es que al salir tapada

Os mirastes, para ver

Qué efectos pudiera hacer

El sol con luz elipsada.

LISARDO.

En fin, ¿gustará Leonarda,
Vuestra prima, que don Juan,
Con principios de galán,
Aunque la ausencia acobarda,
Vaya á verla disfrazado?

MARCELA.

Bien se lo podéis decir.

LEONARDA.

Señor, yo me quiero ir;
Que estoy con grande cuidado.

Bien sé que os parecerá
Libertad haber venido;

Pero el tiempo ha permitido
(Que esta licencia nos da)

Lo más deste atrevimiento.
Quedad con Dios, castellano.

JUAN.

No, ¡por vida de esa manol
Esperad sólo un momento.

LEONARDA.

Ya os entiendo: no hay tratar
De cumplimientos aquí;
Yo os vi, yo os hablé, yo fui
Quien hoy os vino á buscar;

Pero desde aquí no soy
Quien vió, quien habló, quien vino;
Que á pensar mi desatino,
Y á no veros más, me voy.

JUAN.

¿Hay tal rigor? ¿Vos, señora.....
Escuchadme.

MARCELA.

Vuestro amigo

Os dirá lo que no os digo,

Porque no es posible ahora;
Dél os podéis informar.

Vanse.

JUAN.

Á vos me remite.

LISARDO.

Ha sido

Un deseo que ha tenido
Tiempo, ocasión y lugar.

Parecístela muy bien,
Y las fiestas destos días

Ejecutan fantasías
Y desatinos también.

Dice que si á verla vais

Como máscara, podréis,

Y no hay de qué os informéis,

Pues que tan de paso estáis;

Que es muy principal señora,

Con hermano de lo noble

De Barcelona.

JUAN.

Eso al doble

Pica, abrasa y enamora.

Que si me diese lugar

Para que aquí me quedase,
Aunque nunca á Italia pase,

Me habéis de ver embarcar

En el mar de amor, aunque haya

Más golfo que el de León.

LISARDO.

Ya os dije que la afición

El imposible desmaya:

Ella, mujer principal;

Vos, forastero y de paso;

¿Qué habéis de hacer?

JUAN.

Si me abraso,

Echar, Lisardo, el caudal

Por la ventana á la calle,

Como casa que se quema.

LISARDO.

Quitar al loco la tema

Sólo sirve de incitalle.

Tomemos disfraz, y vamos

Donde permita la suerte

Que, aunque la entrada se acierte,

Al salir no nos perdamos.

JUAN.

Oigo decir que en saliendo

Un castellano de España

No tiene imposible hazaña,

Y yo lo posible emprendo:

¿Qué me ha de hacer ese hermano?

LISARDO.

No sabéis lo que es, don Juan,

Ser noble y ser catalán.

JUAN.

Ni vos qué es ser castellano.

Y estad cierto (aunque el honor

Por primer lugar porfía)
Que no hubiera valentía
Á no haber nacido amor.

Varse.

Salen D. Fernando y Valerio.

FERNANDO.

No sé, Valerio, si ha de ser ingrata,
Pero ya declaré mi pensamiento.

VALERIO.

Si sobre parentesco se dilata,
Hecho tiene el amor el fundamento.

FERNANDO.

Marcela como á primo al fin me trata;
No sé, después de conocer mi intento,
Si me querrá querer como solía.

VALERIO.

En vano tu esperanza desconfía;
Si amor es edificio que se labra
Entre dos voluntades diferentes,
¿Qué puede haber que los cimientos abra
Con más facilidad que ser parientes?
Basta sobre la sangre una palabra
Para que tenga efecto cuanto intentes,
Demás de la ocasión, pues viene agora
Á vivir con Leonarda, mi señora.

FERNANDO.

Mi hermana sabe ya mi pensamiento,
Y no le pesará, tanto la estima,
Que solicite amor mi casamiento,
Con la igualdad y partes de mi prima:
La dilación de la licencia siento;
Que no sufre la causa que reprima
La fuerza del deseo.

VALERIO.

Así lo creo;

Mas la seguridad temple el deseo.

FERNANDO.

Hale dado ocasión haber venido
La Reina á Barcelona, que en mi casa
Se haya quedado, y juntas han querido
Ver todo cuanto en mar y tierra pasa.
Yo, con la misma alegre y atrevido
(Tanto el amor cuanto se acerca abrasa),
La causa de la pena que se siente
La dije entre donaires mi accidente.

VALERIO.

Y ¿qué te respondió?

FERNANDO.

Ninguna cosa;
Antes para crecer mi desconsuelo
Bañó el marfil del bello rostro en rosa,
Y puso las estrellas en el suelo.
Nunca me ha parecido tan hermosa.

VALERIO.

Tu mujer ha de ser.

FERNANDO.

¡Quiéralo el cielol

VALERIO.

De fuera vienen.

FERNANDO.

Todos estos días
Las fiestas crecerán las ansias más.

Salen Marcela y Leonarda, bizarras.

MARCELA.

Tu hermano ha venido ya.

LEONARDA.

¡Fernando!

FERNANDO.

¡Hermana Leonarda!

MARCELA.

¡Primol

FERNANDO.

¡Marcela gallarda!

VALERIO.

Menos enojada está.

FERNANDO.

Necia ignorancia será
Preguntaros qué habéis hecho;
Que estáis cansada sospecho
De fiestas de tierra y mar:
¡Hay quien lo está de esperar!

LEONARDA.

¿Suspiros?

FERNANDO.

Descansa el pecho.

Sin salir de Barcelona,
Tengo celos de Castilla:
¿Cuál estaría la orilla,
Que el mar de naves corona?

LEONARDA.

No hay en la ciudad persona
Que no se alegre y disfrace.

MARCELA.

En el mar apenas nace
El sol, cuando otra ciudad,
Con fingida claridad,
La noche en las aguas hace.

Volvimos con brevedad,
Causando la confusión,
Más que alegría, ocasión
De procurar soledad.

FERNANDO.

¿Qué os dijo mi voluntad,
Prima, por allá de mí?

MARCELA.

No sé, porque no la vi.

FERNANDO.

La voluntad no se ve
Si no la miráis por fe.

MARCELA.

Con la gente la perdí.

FERNANDO.

Si ella fuera en el lugar
Que pudiera merecer,
No la dejara perder
Quien la supiera estimar.

MARCELA.

Nunca yo dejé de dar
El lugar que merecéis
Al amor que me tenéis,
Y así la queja es injusta;
Que á quien de quereros gusta,
Más que os debe le debéis.

FERNANDO.

Amor es la misma esfera
Del parentesco; es amor
De obligación, sin favor,
Que llama y se queda fuera.
Pues si quien ama no espera,
No es amor, sino amistad,
Lo que llamáis voluntad,
Cosa que no la agradezco;
Que el alma que yo os ofrezco
Pide la misma igualdad.

MARCELA.

No puede en breves instantes
Pasar sin inconvenientes
El amor de los parientes
Al amor de los amantes.
Si para ser semejantes
Tengo de mudar de amor,
Dadme tiempo, que es rigor
Querer que tan presto sea.

FERNANDO.

Perdonad á quien desea
Conquistar vuestro favor.

Una pasión amorosa,
Una esperanza engañada,
Una dicha desdichada
Y una desdicha dichosa,
Han hecho, Marcela hermosa,
Cobarde el atrevimiento
Y atrevido el sentimiento;
Porque la misma ocasión
Que esfuerza mi pretensión,
Desmaya mi pensamiento.

Si veros y no quereros
Pudiera ser, yo tuviera
Menos gloria cuando os viera,
Y os viera sin ofenderos.
Mas si no es posible veros,
Señora, sin desearos,
¿Por qué me culpáis de amaros,
Si no amaros me culpara?
Que si os viera y no os amara,
Era forzoso agraviaros.

Y si fuera atrevimiento
Que sepáis que esa hermosura
Fué causa de mi locura,
Volvedme mi entendimiento;
Que no tendré sufrimiento
Para veros sin quereros,
Antes de dejar de veros;
Y si os canso en lo que digo,
No me queráis más castigo
Que no poder mereceros.

Vase.

LEONARDA.

Fuése, y no sin culpa tuya,
Más triste que fué razón.

MARCELA.

Yo no le he dado ocasión;
Si lo está, la culpa es suya.

LEONARDA.

Como ya sé qué es querer,
Lástima tengo á quien ama.

MARCELA.

No sé yo quién le desama;
Pero ¿qué le puedo hacer?

LEONARDA.

Pagar, Marcela, á tu primo
Tanto amor.

MARCELA.

¡Buena tercera!
¿Enseñásmeme á amar?

LEONARDA.

Pudiera.

MARCELA.

Yo le respeto y le estimo.

LEONARDA.

Amor no quiere respeto.

MARCELA.

Pues ¿qué es lo que quiere amor?

LEONARDA.

Quiere favor.

MARCELA.

¿Qué es favor?

LEONARDA.

Que no lo sé, te prometo;
Que ha poco que quiero bien
Á este hidalgo castellano,
Aunque pienso que es en vano,
Y él lo pensará también.

MARCELA.

Es verdad; mas si estuviera
Ese caballero aquí,
Y te hablara como á mí
Fernando, tu amor, ¿qué hiciera?

LEONARDA.

Pagarle con otro amor
El amor que me mostrara.

MARCELA.

Yo haré lo mismo, si para
En ese amor el favor.

LEONARDA.

¡Notable música suenal!

MARCELA.

Máscaras van por la calle.

LEONARDA.

En casa han entrado algunas.

MARCELA.

Agora pueden entrarse
Adonde les diere gusto.

Don García y D. Pedro, de máscara, con ellas
en las manos.

GARCÍA.

Di que la música pare,

Como quien deja la vara
Por respeto de la parte.
La máscara me he quitado.

PEDRO.

No es poca dicha que os hallen,
Marcela, mis pensamientos,
Donde sin testigo os hable.

MARCELA.

Sin máscara, no es razón.

PEDRO.

Menos lo ha sido culparme;
Que no tiene amor dos caras,
Ni el que es verdadero amante
Descubre lo que no siente.

GARCÍA.

¡Oh, si fueran inmortales,
Leonarda hermosa, estos días,
Para que el alma descanse
De tan injustas ausencias,
Pues apenas el sol sale
De vuestros ojos á ver
Los indios, que abrasa y arde,
Todo es noche para mí;
Hoy, por lo menos, iguales
Son los días y las noches,
Y al paso que mueren, nacen.
¡Bien haya la hermosa Reina
De Hungría, que el cielo guarde,
Próspero viento la lleve,
El mar sus montes allane!
Abiertas las alas de oro,
Las dos águilas australes
La reciban, para ser
Del imperial timbre el ángel.
En fin, los veo, y os vi
Dar por la playa señales,
Como al Occidente el sol,
De serenidad constante.

¡Qué dichosos forasteros
Vistes, hablastes y honrastes
Con reverencia á las suyas,
Y con cuidado á sus talles!
¡Qué envidia! Pero no envidia,
Pues que tan presto se parten;
Celos sí, porque los celos
Son hijos de amor y el aire.
Perdonad, que la licencia
De quien la máscara trae,
Si no en el rostro, en la mano,
Permite razones tales.

LEONARDA.

Creo, señor don García
(Sin que paséis adelante),
De la merced que me hacéis
Tan evidentes señales.
La respuesta del amor
Quiere el honor que la guarden,
Para cuando ellos lo sepan,
Los hermanos ó los padres.
Ya don Fernando lo es todo,
Y así podéis perdonarme;

Que hasta del mismo albedrío
Tiene mi hermano las llaves;
Con que estaréis respondido.

GARCÍA.

Pues si queréis que le hable,
No quiero mayor favor.

LEONARDA.

¿Por qué os vais ahora? Hablalde.

GARCÍA.

Dadme alguna prenda vuestra.

PEDRO.

Y vos, mi señora, dadme
Algún favor.

MARCELA.

Ha muy poco
Que pregunté para darle.
¿Qué era favor?

PEDRO.

Esa cinta.

MARCELA.

Tiene un corazón.....

PEDRO.

Dejalde;

Que atado le quiero yo,
Aunque agora se desate.

MARCELA.

¿Qué haré, prima?

LEONARDA.

Como sea

Condición que al mismo instante
Se vayan, tomen.

GARCÍA.

¡Con cinta

Negra, esperanzas mortales!

Vanse.

Entran, disfrazados, D. Juan y Lisardo.

JUAN.

¡Mal sucesol

LISARDO.

¿Cómo?

JUAN.

Dar

Al primer paso con celos.....

LISARDO.

¿Máscaras los dan?

LEONARDA.

¡Ay, cielos!

Ya me comienzo á turbar.

MARCELA.

¿Es don Juan?

LISARDO.

Pues ¿no le ves?

JUAN.

El ejemplo nos ha dado
Licencia de haber entrado.

LISARDO.

Y yo la pierdo después.

LEONARDA.

No hay de qué tener recelos.

JUAN.
 Recelos no, claro está;
 Pero yo pienso que habrá,
 En vez de recelos, celos.

LEONARDA.
 Los que se fueron de aquí,
 No más que máscaras fueron.

JUAN.
 Tal nombre á los celos dieron.

LEONARDA.
 ¿Celos se llaman así?

JUAN.
 Son máscaras del amor,
 Que con ellos se disfrazan.

LEONARDA.
 Sí, pero no es buena traza
 En ofensa del honor.

JUAN.
 Por lo menos, lo que vi,
 Bien puede causarme celos.

LEONARDA.
 Antojos causan desvelos;
 Celos no, cuidados sí.

JUAN.
 Adonde prendas se dan,
 Voluntades aseguran.

LEONARDA.
 Las que librarse procuran,
 No prenden los que se van.

JUAN.
 Por allá, por maravilla,
 Amor agravios perdona.

LEONARDA.
 También son en Barcelona
 Las almas como en Castilla.

JUAN.
 No quiero, con mis recelos,
 Que de escucharme os canséis.

LEONARDA.
 Sentaos, y descansaréis;
 Que pesan mucho los celos.

JUAN.
 Siéntome aquí, pues me dais
 Licencia.

LISARDO.
 Y yo, ¿qué he de hacer?

MARCELA.
 Sentaros, hasta saber
 Que, como venís, os vais.

LISARDO.
 ¡Miren qué traza de amor!

MARCELA.
 El que me tenéis á mí.

LISARDO.
 Éste de vos le aprendí.

MARCELA.
 Pues sentaros, ¿no es favor?

LISARDO.
 El mayor que puede hacer
 Una dama á su galán.

LEONARDA.
 Máscaras vienen y van.

JUAN.
 Yo no tengo más que ver
 En esta ciudad, que á vos.

LISARDO.
 En efecto; estar de asiento
 Dicen que es el fundamento
 De todo el quererse dos.
 ¿No me queréis vos á mí?

MARCELA.
 No á fe.

LISARDO.
 Ni yo á vos tampoco;
 Mas si me volviese loco,
 ¿Me dejarades así?

MARCELA.
 El eco mismo os responde;
 Pero decidme, ¿á qué efecto?
 Si es descubrir el secreto
 Que una mujer noble esconde.

LISARDO.
 Finezas, ¿no obligan?

MARCELA.
 No;

Dos cosas han de obligar.

LISARDO.
 ¿Cuáles son?

MARCELA.
 Amar y dar.

LISARDO.
 Ninguna pienso hacer yo.

MARCELA.
 Pues medraréis con las damas.

LISARDO.
 Conservaré mi salud,
 Mi dinero y mi quietud.

MARCELA.
 Eso es andar por las ramas;
 Y los de más bravos bríos
 Suelen dar en lo peor.

LISARDO.
 Pues yo no os tengo amor;
 Seguros están los míos.

LEONARDA.
 Mucho holgaré de saber
 Vuestro intento y la jornada;
 Que no estoy determinada
 De querer ó no querer.
 ¿Cómo salistes, decid,
 Pues para Hungría no fué?

JUAN.
 Desde el principio os diré
 La causa.

LEONARDA.
 Decid.

JUAN.
 Oid.

El Príncipe que traía
 Á la Real desposada
 Las joyas de su marido,

Llegó á la corte de España.
 Pintarte, Leonarda, el día,
 Y por el Prado la entrada,
 Fuera contar en Abril
 Las flores que mira el alba.
 El gran Condestable, en fin,
 De Castilla le acompaña,
 Y toda la Corte á él.
 Piensa cadenas terciadas,
 Que es en lo que se han resuelto
 Aquellas galas pasadas;
 Que tampoco en las antiguas
 Se usaron gorras y capas,
 Sino capuz y bonete,
 Del modo que los retratan
 Los mármoles de sepulcros
 Que apenas el tiempo acaba.
 De manera que los trajes,
 Unos vienen y otros pasan;
 Todo consiste en el uso
 Que califica las galas.
 Con esto, el gran Condestable
 De Castilla le acompaña
 Donde el Príncipe tenía
 Prevenida la posada.
 Medinaceli después;
 Cerda, que entonces trocara
 Por sus hebras de oro el sol
 Con tanta grandeza y galas,
 Le lleva á Palacio, adonde
 Con las estrellas de España
 Y la luna de Isabel,
 El sol Felipe le aguarda.
 Llegó, alegróse la Corte,
 Y con discreta embajada
 Dió parabién á la novia,
 Á quien las joyas iguala,
 Con que he dicho las que fueron.
 Pero trujo el cielo á España
 En este tiempo, la joya
 De más valor é importancia,
 Que le ocupaba el deseo,
 Y le perdió la esperanza.
 Halló un diamante en su mina,
 Nació una perla en su nácar,
 Y fué enigma que de un lirio
 Ó la flor de lis de Francia,
 Saliese un León al mundo
 Para vencer los del Asia.
 Las fiestas de su bautismo
 Presumo que impresas andan,
 Y que han cantado las musas
 Toros y juegos de cañas;
 Donde sólo te diré,
 Y sin lisonja, Leonarda,
 Pues aquí no me oye el Rey,
 Ni pienso que amor me engaña,
 (Aunque pudiera engañarme,
 Á no ser verdad tan clara,
 Porque la adoro en extremo
 Desde el rincón de mi casa),

Que no se vió caballero
 De mayor destreza y gracia,
 En cuanto mundo se corre
 Lanza jineta en la plaza.
 Yo no sé cómo juntó
 La majestad y la gala,
 Que Rey, pareció galán,
 Y galán, Rey y Monarca.
 Él gobernaba y regia,
 Si bien me dijo una dama:
 «¿Qué mucho, si rige el mundo,
 Que pueda un juego de cañas?»
 Era afrentar dar con ellas,
 Y allí, Leonarda, al que daba,
 Hacer con ellas pudiera
 Plumas de timbre á sus armas.
 Noté una cosa al correr,
 Cuando la adarga ocultaba
 La majestad de Felipe,
 Que, como el sol, las mañanas
 Que sale nublado el día,
 Se cubre de nubes pardas
 Y los campos se entristecen,
 Y luego la hermosa cara
 Con nuevos rayos enseña,
 Así alegraba las almas
 Que su ausencia entristecía
 En las nubes del adarga.
 Si le vieras escondido,
 Pensaras que por la plaza
 Sólo el caballo corría,
 Sola la adarga llevaba.
 Nunca en los campos de Orán,
 Puesto que en la silla nazcan,
 Se vió tan diestro africano
 Cuando el español le alcanza.
 En fin, de cuantos le vieron
 Fué un arca de oro y de nácar
 Para guardar corazones,
 Siendo la adarga la tapa.
 Finalmente, llegó el día,
 Que fué segundo en la Pascua,
 Que trajo la paz al mundo,
 Y vió salir la mañana.
 Tres soles á dejar vino,
 Que amaneciese á Alemania,
 Y que con nacer en ella
 Hiciese Occidente á España.
 Salió la Reina de Hungría,
 Y tan parecida al alba,
 Que lloraba sobre rosas,
 Que el llanto es risa del agua.
 No creyendo la partida,
 La gente halló descuidada,
 Y fué dicha, porque fuera
 Recibir más pena y darla.
 Que como á nuestra corona
 Este diamante le sacan,
 Y siendo por sus virtudes
 Tan digna de ser amada,
 Fuera general la pena,

Fuera el llanto en abundancia,
 Si á la menor perla suya
 Mares de lágrimas bastan.
 Fuése á despedir la Reina
 De la del cielo, que estaba
 Prevenida á bendecirla
 Sobre las Atochas santas.
 Con esto dieron principio
 A su dichosa jornada,
 Donde la ciudad de César
 El mayor del mundo aguarda.
 Ciudad y Diputación,
 Al gran Felipe y su hermana
 Las manos Reales besan,
 Y para servirle alargan
 Las suyas, lo que permiten
 Los tiempos; pero las almas,
 Las voluntades ofrecen
 Con que le reciben y aman.
 Eso fué martes; y un jueves,
 Las cuatro estrellas del Austria,
 Rey, Reina, Carlos, Fernando,
 Visitaron la sagrada
 Columna Atlante del cielo,
 En cuyo extremo descansa.
 El domingo fué la fiesta,
 Para quien armas y galas
 La nobleza de Aragón
 Quiso igualar á su fama.
 Fué grande la bizarría
 Del de Sástago y Aranda,
 Fuentes, Gelves y Jurados,
 De que hay relaciones largas.
 Lunes fué eclipse del Sol;
 Digo que quedó eclipsada
 La Luna, porque en la tierra
 También la ausencia le causa.
 Partióse Su Majestad
 Con Sus Altezas; no hagás
 Reflexión en su memoria
 De quién partía y quedaba,
 Porque la imaginación
 Te dará lástima tanta,
 Que añadirás al sentirla
 Ser mujer y ser vasalla.
 Desta tristeza á la Reina
 Cupo más parte, si llamas
 Soledad al quedar sola;
 Que si los cuatro se apartan,
 Los tres van juntos y vuelven,
 Por lo menos, á la patria.
 Désta y de Madrid salí
 Con gusto de ver á Italia,
 Dándome ocasión, señora,
 Ver que la Reina se embarca.
 ¡Oh, mares de Barcelona,
 Vestid de coral la playa;
 Abrid camino á María
 En los cristales del agua!
 Llegue á los brazos dichosos
 De Fernando, que la aguarda,

Para que el imperio aumenten
 Las dos águilas doradas,
 Y no me esperéis á mí;
 Que á la salida de España
 Fué rémora en mi galera
 La hermosura de Leonarda.
 Aquí me quedo á servirla;
 Los que quisieren se vayan;
 Que donde se tiene amor,
 Allí es la patria del alma.

LEONARDA.

Responder y agradecer
 Quisiera la cortesía
 Y la relación, si el día
 No fuera como ha de ser.
 Perdonad, que se han entrado
 Máscaras.

MARCELA.

Música suena.

JUAN.

Bien lo ha menester mi pena,
 Entre esperanza y cuidado.

Entren unos foliones portugueses con atambor, sonajas
 é instrumentos.

Cantan.

Sale á estela de alba,
 Amaña se vein:
 Recordai, miñalma,
 Naon dormais, mio bein.
 ¡Ay, ay, ay!
 Ya vosos veziños
 Todos se levantan,
 E os pasariños
 Por as ramas cantan;
 Cuidados me espantan,
 Receos tambein:
 Recordai, miñalma,
 Naon dormais, mio bein,
 ¡Ay, ay, ay!

PORTUGUÉS.

Tomay á letra.

LEONARDA.

Mostrad,

Que no será de mal gusto.
 PORTUGUÉS.
 Se naon vos viniere al justo,
 Naon zumbeis mais, perdonad.

LEONARDA.

Lea.

«Vosos ollos me saon gratos,
 Como os gatos á os ratos.»

MARCELA.

¡Bravo concepto!

LISARDO.

¡Famoso!

PORTUGUÉS.

¡Ea, andad paradiantel

JUAN.
Disfrazóse vuestro amante
Para dejarme celoso.

Cantan.

PORTUGUÉS.
Sale á estela de alba, etc.

Vanse cantando.

LEONARDA.
Yo no sé quién son.

JUAN.
Yo sí;
Que aunque muda de vestido,
Ya le tengo conocido
Desde una vez que le vi.

LEONARDA.
Celoso me parecéis.

JUAN.
¿Quién amó que no lo fuese?

LEONARDA.
Quien satisfacción tuviese
De lo que vos merecéis.

JUAN.
Antes de la parte amada.

LEONARDA.
Aunque ofendan la opinión,
Si celos cuidados son,
Veros con ellos me agrada.
Ya es tarde, y vendrá mi hermano.

Levántanse.

JUAN.
¿Podré veros más?

LEONARDA.
No creo
Que, acabadas estas fiestas,
Tendré yo lugar de veros,
Porque ha de ser imposible.

JUAN.
Ningún imposible temo
Si vos gustáis de que os sirva.

LEONARDA.
Mi hermano, como mancebo,
Solía, fuera de casa,
Buscar entretenimientos.
Hale agrado mi prima,
Con que siempre le tenemos
Á la vista, en que veréis
Que será imposible el vernos.

JUAN.
Pues ¿no habrá alguna invención
Con que yo pueda entrar dentro?
¿No hay criadas? ¿No hay criados?

LEONARDA.
Un labrador jardinero
Y casado, está en la puerta,
Mas no será de provecho;
Que aunque es simple, es malicioso.

LISARDO.
¿Qué simple has visto sin serlo?

JUAN.
De las naciones del mundo,
Ninguna con más efecto
Quiere bien á las mujeres,
Ni con más liberal pecho,
Hacienda y vida aventura,
Que la española, y es cierto
Que della la castellana,
De que hay notables ejemplos.
Y basta el galán Mendoza,
Que fué en hábito primero
De religioso á Saboya,
Librando valiente y cuerdo
La Duquesa del peligro
De vida y honor, haciendo
Aquella notable hazaña.
Quedad con Dios, que yo llevo
La misma imaginación
Con diferente suceso.

LEONARDA.
¿De qué suerte?

JUAN.
Perdonadme.
Vamos, Lisardo, que el tiempo
Os dirá, señora mía,
Que es amor valiente y ciego.

LEONARDA.
¿Castellano sois?

JUAN.
Y noble.

LEONARDA.
En fin, ¿os veré?

JUAN.
Muy presto.

LEONARDA.
¿Disfrazaros queréis?

JUAN.
Sí.

LEONARDA.
¿Eso intentáis?

JUAN.
Eso intento.

LEONARDA.
¿Sabéis dónde estáis?

JUAN.
Muy bien.

LEONARDA.
¡Gran peligro!

JUAN.
No le temo.

LEONARDA.
Miralde bien.

JUAN.
Tengo amor.

LEONARDA.
¡Dios os libre!

JUAN.
En él lo espero.

SEGUNDA JORNADA.

Sale D. Juan, de labrador, soldado, con capote de dos haldas, espada y daga, y Cosme, villano, jardinero.

JUAN.

No me espanto que tengáis
Tan perdida la memoria.

COSME.

Es tan notable la historia
De las guerras que contáis,
Que no tiene tantas flores
Este jardín, como hazañas
Me referís, tan extrañas,
Que pienso que son menores
Las de Roldán y Oliveros;
Con que habéis venido á hacer
Que no os pueda conocer
Entre tantos caballeros.

¿Que vos sois mi primo?

JUAN.

Soy

Vuestro primo, que salí
Rapaz muchacho de aquí,
Aunque ya tan grande estoy.
El tiempo todo lo muda,
Y así estoy como veréis;
No sé yo por qué ponéis
Cosa que es tan cierta, en duda.

COSME.

¿Cuánto va que no sabéis
Que me llamo Cosme?

JUAN.

¿No?

Cosme os llamáis.

COSME.

Acertó.

Buena memoria tenéis.

¿Y mi mujer?

JUAN.

Si salí

Niño y no érades casado.

COSME.

Ansí no estáis obligado,
Si antes os fuistes de aquí.

JUAN.

Preguntadme vos las cosas
Que en nuestra niñez pasamos,
Cómo en esa mar nadamos,
Y en sus ondas espumosas
Buscábamos el marisco
Que arrojaba á las arenas,
Y á veces por las almenas
De ese edificado risco
Mirábamos las galeras
Cómo venían rompiendo

Las aguas, y entreteniendo
Velas el aire y banderas,
Y veréis si yerro en nada.

COSME.

Las señas bien claras son.

JUAN.

Fuera más justa razón
Que mi memoria, olvidada
Con los trabajos pasados,
Apenas os conociera;
Y está firme, y persevera
Después de tantos cuidados.
¿Qué no he pasado después

Que salí de Barcelona?
Donde en la nave *Cardona*
Corrimos tormenta un mes
Y dimos en Berbería;
Cautivo en Túnez me vi
Tres años, y desde allí
El corsario Escandería

Nos llevó á robar la costa
De Italia; mas fué tan cara
Al bárbaro, que tomara
Poder volver por la posta;
Que las Cruces de San Juan
Le rompieron, y me dieron
Libertad; allí me hicieron
Sargento de un capitán

Que iba á Troya con los griegos,
Donde estuve algunos años;
Luego, por mares extraños,
Después de mirar sus fuegos,

Fuí con Ulises, y vi
Las tentaciones que vió,
Hasta que en Galicia entró;
Y con Magallanes fuí

Por el vellocino de oro
Que tenía el Preste Juan,
Donde hallamos á Roldán
Con Angélica y Medoro.

Y así tuvimos por bien
De dejarle en el Catay,
Y habiendo estado en Cambray,
Volvimos á Santarén,

Donde yo me despedí
Y me vine á Barcelona,
Á ver si alguna persona
Ya se acordaba de mí.

Pero es ociosa porfía,
Y son las dudas forzosas.

COSME.

¿Y después de tantas cosas
Sos mi primo todavía?

JUAN.

¿Eso puédese perder?

COSME.

Pues ya que seáis mi primo,
Cosa que yo tanto estimo,
¿Qué es lo que tengo de hacer?

JUAN.

No más de tenerme aquí

Mientras la Reina se va.

COSME.

No sé yo cómo será;
Que apenas hay para mí
En esta pobre soldada
Que don Fernando me da.
Y la Reina, ¿aguardará
Muchos días tanta armada,
Como es razón, de galeras
Que van cubriendo la mar?
Que, en fin, espera llevar
Destas dichosas riberas
Una hermana cuando menos
Del rey Felipe de España,
Y á las que el Danubio baña.

JUAN.

Ya los marítimos senos
Parece que apenas pueden
Sufrir el peso en los hombros,
Dando al mar opuesto asombros
De ver que en número exceden
La armada de Carlos quinto,
Bisabuelo de María;
Pero mientras llega el día,
Que no puede estar distinto,
De lo que el rumor pregona,
Yo tengo, gracias á Dios,
Con qué vivamos los dos
Con descanso en Barcelona;
Y para principio quiero
Que esta bolsa me guardéis,
Adonde en oro hallaréis,
Cosme, bastante dinero;
Que también quiero vestiros
Á vos y á vuestra mujer.

COSME.

Aunque no era menester,
No es malo para serviros.
Sois mi primo, y es sin duda
Que os voy ya reconociendo.

JUAN.

Miradme bien.

COSME.

Estoy viendo,
Primo, lo que un hombre muda
La barba: ¡válame Dios!
No estábades tan barbado
Cuando muchacho.

JUAN.

He pasado

Trabajos.

COSME.

Cuando los dos
Nadábamos en el mar,
Pienso que un lunar os vi.
¿No tenéis alguno?

JUAN.

Sí,

Aunque esto del mar pasar,
Hasta los lunares quita.

COSME.

Un poquito érades romo
Cuando niño.

JUAN.

¡Ay, Cosme, y cómo!

COSME.

¡Oh, cuanto el tiempo marchita!
No hay raíz que esté segura.

Sale Elvira, villana.

ELVIRA.

¿Habemos hoy de comer?
Cosme, ¿qué pensáis hacer?
¿Ha venido, por ventura,
Cuaresma en Carnestolendas?
¿No vais á la plaza hoy?

COSME.

¿Ya venís? Al diablo os doy
Con vuestas necias contiendas.
Débome de estar holgando.
Abrazad á vuestro primo.

JUAN.

¡Oh, prima que tanto estimo,
Cuánto os vengo deseando!
Dad esos brazos á Pedro,
Que niño se fué de aquí.

ELVIRA.

¿Tengo de abrazarle?

COSME.

Sí;

Que es pariente con quien medro;

Enséñale la bolsa.

Que los que no dan provecho
No lo son.

ELVIRA.

Seáis bien venido;
Que el no haberos conocido
Detuvo dudoso el pecho.
¿Venís bueno?

JUAN.

Ya lo estoy,
Pues mis primos muy amados
Estoy viendo.

ELVIRA.

De soldados
Amiga en extremo soy;
Que son todos bizarría,
Y yo nací belicosa.

JUAN.

Una prima tan hermosa,
Ser prima del Rey podía.
Esta sortija quité
Á Fátima, la Sultana
Del Turco, en una tartana,
Adonde la cautivé.
Guardalda, por haber sido
De Fátima.

COSME.

Aunque no fuera

De Xaquima, no pudiera
Poner tal prenda en olvido.
Ea, que os quiero llevar
A que veáis el jardín
Y la güerta, porque, en fin,
El tiempo que habéis de estar
En Barcelona, podéis
Entreteneros por gusto,
Pues es razón, pues es justo,
Que á vuestro primo ayudéis,
Estos cuadros cultivando;
Que yo acudo á la hortaliza.

Vase.

JUAN.

Amor, en poca ceniza
Se va tu fuego aumentando.
A tu jardín he venido;
Ayúdame, pues me diste
La traza, ó porque anduviste
En los de Chipre perdido.
Tuyo fué mi pensamiento;
No me niegues tu favor,
Pues bien sabes que es mi amor
Mayor que mi atrevimiento.

Vase.

ELVIRA.

Hoy amaneció más claro
En este jardín el sol,
Que no fué de su arrebol
Anoche el ocaso avaro.
Hoy han salido más flores
A las perlas del aurora;
Volvió esta fuente sonora,
Sus arenas ruseñores.
Y suena el aire más ledo
En las hojas destas plantas;
Hoy, entre venturas tantas,
No menos dichosa quedo.
¡Qué buen primo, qué buen talle,
Qué buena sortija! Quiero
Esconderla.

Salen Leonarda y Marcela.

LEONARDA.

Ya no espero
Que mi esperanza le halle.
Y así, el remedio, Marcela,
Que dices, que es olvidar,
El tiempo le ha de buscar,
Que tantos males consuela.
¡Cuántos meses, cuántos años,
Cuántas horas, cuántos días
Pasan por él!

MARCELA.

Si sabías
De los hombres los engaños,
Mayormente forasteros,
¿Para qué pusiste amor
En su fingido valor?

LEONARDA.

Los nobles, los caballeros,
Donde están, son naturales;
No debió de poder más.

MARCELA.

¿Discúlpasle? ¡Buena estás!

LEONARDA.

Obligaciones iguales
Le debieron de embarcar.

MARCELA.

Sí; pero no despedirse,
Siendo forzoso partirse,
No se puede disculpar.
Pero he visto á muchos sabios
En las amorosas culpas
Andar buscando disculpas
Para sus mismos agravios.

LEONARDA.

Habla bajo, que está aquí
Nuestra jardinera, Elvira.

ELVIRA.

No en vano el aura suspira
Entre clavel y alelí,
Viendo venir á esta fuente
Dos perlas, dos azucenas,
Dos ángeles, dos sirenas,
Para encantar su corriente;
Que el invierno os ha tenido
Como en oscura prisión.

LEONARDA.

Lisonjas, Elvira, son,
Pues tu la primera has sido,
Como destos cuadros Flora.

ELVIRA.

¡Mal haya yo, que no fuí
Hombre, para serlo aquí
Con tal luna y tal auroral
Dos Príncipes os esperan
A las dos; sin ser gitana
Lo digo; que esta mañana,
Como si en la güerta os vieran,
Dos pájaros lo decían
En amorosas canciones.

Entra Cosme.

COSME.

Estáos agora en razones,
Que ya á la plaza me envían
Á que traiga de comer;
Id á hacer el aposento
A nueso primo.

ELVIRA.

Con tiento;
No tengáis tanto placer;
Mirad que está aquí señora.

COSME.

Id donde os mando.

ELVIRA.

Ya voy.

Vase.

LEONARDA.

¿Qué primo es éste?

COSME.

No estoy

Para respuestas agora;
Que tengo un güesped soldado,
Aunque labrador.

LEONARDA.

¿Pariente

Vuestro?

COSME.

El mozo más valiente
Que pasó desde el arado
Á la espada y á la guerra.
¿No han visto á mi primo?

LEONARDA.

No.

COSME.

Pero ha mucho que salió
De Barcelona, su tierra,
Á las Italias, y ha estado
Cautivo, y fué desde allí
Á Croya, y no vuelve aquí
Como otros, manco de un lado,
Ni trae la pierna en correa;
Que es muy gentil mocetón,
Y mucho del bel doblón,
Sin una rica presea
Que hoy le ha dado á mi mujer,
Que quitó en una tartana
Á Xaquima, la Sultana
Del Turco; y no viene á ser
Pretendiente ni arrogante.
Cavando aquel cuadro está;
Que quiere ayudarme ya,
Con humildad semejante,
Siendo hombre que en el Catay
Vió á Marica y á Momoro,
Y por el pellejo de oro
Fué á Santarén y á Cambray,
Y pasando con Roldán
Estrechos de Mazapanes,
Vió con otros capitanes,
En Galicia, al Preste Juan.

LEONARDA.

Llámale, por vida mía;
Que un hombre que ha visto tanto,
Bien con su lengua, entretanto
Que sigue la noche al día,
Entretenenos podrá.

COSME.

¡Ah, Pedro! ¡Ah, primo!

Dentro.

JUAN.

¿Quién llama?

COSME.

Dejad el cuadro; mi ama
Os quiere ver.

Sale D. Juan.

JUAN.

¿Dónde está?

COSME.

¿No la veis, y con su prima?

JUAN.

Señoras, guardéos el cielo:
Aquí tenéis otro suelo
Adonde mejor imprima
Sus estampas vuestro pie.

Quedaré todo florido
Si puedo haber merecido
Que tanto favor me dé.

Pero envidiarán las flores
Las que dejaréis en mí,
Y viniendo á hacer aquí
Sus esperanzas mayores,
Tendránme por enemigo.

COSME.

¡Toma, si es buen cortesano!

LEONARDA.

¿Éste no es el castellano?

MARCELA.

¿Eso dudas?

LEONARDA.

Ahora digo

Que es gente de gran valor.

COSME.

Oidle hablar, y sabréis
Cosas, que asortas quedéis.

LEONARDA.

Verdadero fué su amor.

En efecto, ¿habéis venido
De la guerra?

JUAN.

Á pretender

La esperanza que ha de ser
Memoria de tanto olvido.

LEONARDA.

Y ¿os aplicáis á servir
Y ser pobre labrador?

JUAN.

Todo es posible al amor,
Que aun no repara en morir.

LEONARDA.

Pues ¿tan presto habéis pasado
De la espada al azadón?

JUAN.

Tanto puede la afición
En un pensamiento honrado.

LEONARDA.

Á gran peligro os ponéis
Si hay quien os conozca y vea.

JUAN.

No hay trabajo que lo sea,
Como vos favor me deis.

LEONARDA.

La noche dará ocasión
Para hablaros sin recelo.

JUAN.

Baje la luna del cielo;
Que yo seré Endimión.

LEONARDA.

Quién bien sirve, ¿qué no alcanza,
Aunque sirva en tierra ajena?

JUAN.

¿Qué más premio que mi pena?
¿Qué más bien que mi esperanza?

LEONARDA.

Vos veréis que correspondo
A vuestra justa afición.

COSME.

¡Pardiez, que Salamelón
Nunca fué tan sabihondol
Y á fe que lo habéis errado,
Porque pudiérades ser
Licenciado ó bachiller
Si hubiérades hestoriado.

JUAN.

Cosme, sabed que la guerra
Es libro que en sí contiene
Todas las ciencias; y tiene
De la mar y de la tierra,
Del palacio y de la corte,
Cuanto se puede aprender.

COSME.

Bien sé que para saber
No hay cosa que más importe
Que andar por el mundo viendo
Tratos, costumbres, naciones;
Y pues de vuestras razones
Tan polidas, Pedro, entiendo
Que sabréis entretener
Este rato á mi señora,
Yo voy á la güerta agora,
Que en ella tengo que hacer,
Pues la habemos repartido,
Y á vos os toca el jardín.

Vase.

JUAN.

Atar quiero este jazmín,
Que está, como veis, caído;
Que yo no sé entretener
Damas, sino trabajar.
¿Podemos, señora, hablar?

LEONARDA.

¿Qué puedo yo responder
Á quien ha sabido hacer
Esta amorosa fineza?

JUAN.

No fué por tanta belleza
Exceso, sino razón.

LEONARDA.

Heroicas hazañas son
De vuestra rara nobleza.
Mostraréme agradecida
Mientras que vida tuviere,
Y pues el alma no muere,

Tendrá amor inmortal vida;
Y si me viste rendida
Y ya, don Juan, obligada
Con fineza tan honrada,
Seguro podéis estar
Que me olvide de olvidar
Aunque me viese olvidada.
Seréis mi dueño, don Juan,
Ó tendrá mi vida fin.

JUAN.

Flores de aqueste jardín,
Y vos, florido arrayán,
Claveles, favor me dan:
Imprimid tales favores
En las hojas de colores,
Para que entre estos claveles,
Favores que dan laureles
Impriman hojas de flores.
Sed testigos que obligada
Os dijo en este lugar
Que no os piensa olvidar
Aunque se viese olvidada.
Vos también, aunque excusada
Por prima, señora, estéis,
También testigo seréis;
Que indigno de tal favor,
Tenerlos quiere el temor
Para que no lo neguéis.

MARCELA.

Señor don Juan, yo seré
Testigo, aunque sé muy cierto
Que nunca en este concierto
Falte á Leonarda la fe;
Y así espero que veré
Dichoso fin deste amor.

LEONARDA.

Mi hermano.

JUAN.

No hagáis temor;
Que en aqueste paraíso,
Si el ángel meterme quiso,
No me ha de echar el rigor.

Sale D. Fernando.

FERNANDO.

Díjome Celia que juntas
Bajastes, porque bajaba
El sol al dorado ocaso
Entre arreboles de grana,
Á ver correr estas fuentes;
Que como el invierno pasa,
Lo que entonces era llanto,
Agora es risa en las aguas.
Y porque tengo que hablarte
En negocios de importancia,
Quise gozar la ocasión.
¿Es Cosme aquel hombre que anda
Atando aquellos jazmines?

LEONARDA.

No tiene tan buena gracia;

Primo suyo dice que es,
Que para podar las parras
Y aderezar el jardín
Le trujo esta tarde á casa;
Y parece hombre de bien.

FERNANDO.

¡Ah, buen hombre!

JUAN.

¡Qué mal se atan

Los rosales, es madera
Con dientes! ¡Guarda la cara!

FERNANDO.

¿No me oís?

JUAN.

Si estos parrales

Un poco no se levantan,
No tendrán seguro el fruto.

FERNANDO.

¡Ah, labrador!

JUAN.

¿Quién me llama?

FERNANDO.

El dueño deste jardín.

JUAN.

¡Pardiez, miesamo, que estaba
Embebecido, mirando
Cómo divide y aparta
Una mala hierba aquellas
Que se juntan y se enlazan!
Para labores de un cuadro,
Cosme descuidado anda;
Pero yo pondré el jardín,
Si estoy seis días en casa,
Que los del Rey en Castilla
Le reconozcan ventaja.

FERNANDO.

Hombre de bien parecéis.

¿Sabéis desto?

JUAN.

Lo que basta,

Ya que á vuestra casa vengo,
Para cumplir la palabra;
Así la cumplan las flores
Cuando se junten las ramas,
Para que den posesión
Como dieron la esperanza;
Que en esta tierra, señor,
Viene más anticipada
La primavera que en otras.

FERNANDO.

Mi afición fué siempre tanta
Á las plantas y á las flores,
Que, fuera de las dos damas
Que veis, buen hombre, presentes,
Que una es prima y otra hermana,
Ninguna cosa en el mundo
Con los sentidos el alma
Me lleva, como estas flores;
Aquí tardes y mañanas
Me veréis ejercitando
El escardillo y la azada.

Muchos árboles he puesto,
Que hoy dan fruto, y que regalan
Al Virrey y á los amigos.
La huerta está mal tratada
Por el descuido de Cosme,
Advirtiendo á la ganancia
De la hortaliza no más,
Que es parte de su soldada.
Si vos queréis estos días
Cuidar della y cultivarla,
Creed que no iréis quejoso
De mi casa y de la paga.

JUAN.

Es defecto en un jardín
Tener calles empedradas,
Porque estorban si se quieren
Pasar jazmines ó parras.
Serán las calles de arena,
Y tendrán de media vara
Las paredes los cimientos,
Porque no las dañe el agua.
Árboles tenga de vista;
Amor con la flor morada,
Cinamomos, paraísos,
Y de fruta en partes varias;
Granados, porque se visten
Vistosa color de nácar;
Naranjos, cándido azahar,
Y membrillos, flores blancas;
Los demás son para huertas;
No haya en las paredes parras
Ni rosales, porque son
Más que de jardín, de granjas.
Cuatro años puede durar
La tierra sin renovarla;
Aderezarla en Octubre
En tierras cálidas basta;
Pero por Marzo en las frías.
En ésta, aunque ya se pasa
De la mejor ocasión,
Vos veréis la mejor traza
De aderezar un jardín,
Si bien todas esas plantas
Fuera bien que por Setiembre
Se pulieran y limpiaran.
No veo llaves aquí,
Y si el jardín no se guarda,
Todo lo doy por perdido,
Porque es tanta la ignorancia
De muchos, que no imaginan
Lo que ha costado sembrarlas;
Que lo que un año esperó
Dueño que las flores planta,
En un instante saquean,
Dejando las pobres ramas
Viudas de flores y frutos.

FERNANDO.

Vuestro discurso me agrada.
Yo reformaré el jardín;
Solas mi prima y mi hermana
Entrarán en él desde hoy.

JUAN.

Las señoras, cosa es clara
Que tratarán bien las flores
Por no perder la esperanza.

FERNANDO.

¿Cómo os llamáis?

JUAN.

¿Yo, señor?

Pedro, que así se llamaba
Mi padre, hermano del padre
De Cosme.

FERNANDO.

Tengo, Leonarda,
A buena dicha que Pedro
Haya venido á mi casa.

JUAN.

En verdad, señor, que yo
Lo tengo á ventura tanta,
Que aunque en casa del Virrey
Un gran partido me daban,
Con menos quiero serviros,
Que á los buenos es ganancia.

FERNANDO.

Estaréis aquí unos días,
Pedro; que yo os doy palabra
De pagároslo muy bien.
Tú ven conmigo, Leonarda;
Que tengo que hablarte á solas.

LEONARDA.

¿Y si Marcela se agravia?

FERNANDO.

Pues venga también Marcela.

MARCELA.

Antes por estas retamas
Quiero entretenerme un poco.

LEONARDA.

Pues en esa fuente aguarda.

Queda D. Juan.

JUAN.

Ya, generoso pensamiento mío,
Salís al ancho mar; ya la ribera
Dejáis; ya atrás el golfo el barco espera,
Y seré cisne de mi humilde río.
No desmayéis; corred, entrad con brío,
Aunque llevéis al sol alas de cera;
Aquí palabra os dió la primavera,
Que no verá vuestra esperanza estío.
Creced las flores blancas y encarnadas,
Almendros, como crecen mis favores,
Juntemos esperanzas bien fundadas;
Que como en una cáscara dos flores
Engendran dos almendras abrazadas
Abrazarán dos almas dos amores.

Vase.

Salen D. García y D. Pedro.

GARCÍA.

Parecióme, don Pedro, que sería

El más breve camino el casamiento.

PEDRO.

Acertáis en casaros, don García.

GARCÍA.

No puede presumir el pensamiento
Otro fin que se ajuste á la esperanza;
Que fuera lo demás atrevimiento.

PEDRO.

Quien no puede al amor poner templanza,
Por los pasos más fáciles camina,
Con que la posesión del bien se alcanza.

GARCÍA.

Saliendo don Fernando á la marina,
Adonde la ciudad concurre agora
A ver por la campaña cristalina

Tanta galera, que al salir la aurora
Alegra con trompetas los oídos,
Con banderas los ojos enamora,

De que los filaretos guarnecidos,
Como de las mesanas los penoles,
De estandartes y flámulas vestidos,

Con que los alemanes y españoles
Han de llevar á la imperial María,
Y juntar con dos águilas dos soles,

Habló con don Fernando, que venía
Solo, mi padre, y le pidió su hermana.

PEDRO.

¿Qué respondió?

GARCÍA.

Que della lo sabría,

Porque su parte alegremente allana,
Con otros cumplimientos y favores,
Y cuya voluntad sabré mañana;

Que si á la honestidad de mis amores
Ha mostrado Leonarda tal recato,
Que pudieran matarme sus rigores,

Llegado el tiempo en que se ponga en trato
El casamiento, y en concierto justo,
¿Cómo podrá mostrar el pecho ingrato?

PEDRO.

La dama que al galán muestra disgusto,
Funda en la honestidad el descontento;
Pero al marido libremente el gusto.

El parabién os doy del casamiento.

GARCÍA.

Si no lo estorba esta partida á Hungría,
Presto se logrará mi pensamiento.

Agora, apenas amanece el día,
Cuando la noche le cautiva y cierra
En servicios y fiestas de María.

PEDRO.

Con justa causa nuestra alegre tierra
Estima la ventura que ha tenido.

GARCÍA.

¡Oh mar de España, la contienda y guerra

Que el viento, de tus olas revestido,
Forma por este tiempo, en paz dilata:
Deja que llegue el águila á su nido!

Una ciudad pacífica retrata,
Formando como escuadras en hileras,
Por calles de cristal campos de plata.

Las prevenidas naves y galeras
Que la fortuna próspera acompaña
Á las opuestas playas y riberas,
Humille su marítima campaña,
Porque de tanta gloria participe
El golfo de León al león de España,
Con la divina hermana de Felipe.

Vanse.

Sale Elvira.

ELVIRA.

Amor, que nunca dejaste,
Desde que al mundo naciste,
De engañar cuanto pudiste,
De matar cuanto miraste:

Amor, víbora pisada;
Amor, rapaz lisonjero;
Amor, hijo de un herrero
Y de una mujer errada:

Amor, de cuyos anzuelos
No hay segura voluntad,
Hijo de la ociosidad
Y padre vil de los celos:

¿Qué te hacía en esta güerta,
Sola y descuidada Elvira,
Que, puesta al arco la vira,
Tiras y me dejas muerta?

Cosme, ¿no era ya mi dueño
Y mi conjunta persona?
¿Qué vitoria, qué corona
Ganas en quitarme el sueño?

Amor, tú serás mi fin;
Misericordia te pido.

¡Oh, nunca hubiera venido
Aqueste Pedro al jardín!

Si quiero tomar la rueca,
Apenas doy vuelta al huso;
Que el pensamiento, confuso,
Todo lo revuelve y trueca.

Si quiero poner la olla,
Ni la cato, ni la espumo;
Algún dimuño presumo
Se me ha metido en la cholla.

Todo es andarme tras él
Por dondequiera que va;
Siempre he de estar donde está,
No me puedo hallar sin él.
Yo moriré de este mal.

Sale D. Juan.

JUAN.

Bien vais, esperanza mía;
Que justamente porfía
Quien espera premio igual.

Los días paso mirando
Si baja tal vez mi bien,
Donde si acaso nos ven
De las ventanas hablando,
Nadie advierte nuestro amor,

Tales son las dichas mías;
Y aunque paso bien los días,
Las noches paso mejor.

Si bien andar desvelado
Don Fernando por su prima,
Cuanto Leonarda me anima,
Me desmaya su cuidado.

¡Elvira me estaba oyendo!
(Cualquiera cosa me asombra.)
¿Qué me quiere aquesta sombra
Que siempre me va siguiendo?

ELVIRA.

Pedro, por quien tal pedrada
Me dió con su honda Amor;
Pedro, por cuyo rigor
Pienso que estoy empedrada;

Pedro, piedra para mí,
¿Cuándo ha de ser aquel día
Que mi esperanza y porfía
Hallen acogida en tí?

¿Cuándo te piensas doler
De mis cuidados?

JUAN.

Elvira,
Considera, advierte, mira
Que eres de un hombre mujer
Que es mi primo, por lo menos,
Y que ofenderle no es justo.

ELVIRA.

Pedro, cuando os falta gusto,
Todos los hombres sois buenos.

JUAN.

Á mí no me falta amor;
Que en el respeto reparo.

ELVIRA.

¿Respeto?

JUAN.

Pues ¿no está claro?
Á la sangre y al honor.

ELVIRA.

¿Cuándo respetos ajenos,
Si queréis, considerarís?
Sí, gente sois que miráis
En un primo más ó menos.

¡Plega á Dios no sea verdad
Cierta cosa que sospecho!

JUAN.

Por los cristales del pecho
Me ha visto la voluntad.

¡Que apenas llegue el amor,
Cuando le sigan los celos!
Quiero engañar sus recelos:
Elvira, si del temor

De Cosme librarme puedo,
No habrá cosa que no intente
Por tu gusto.

ELVIRA.

Amor no siente
De los peligros el miedo.
De noche, entre estos jazmines,
Podremos los dos hablar.

Sale Cosme.

COSME.

¿Téngoos de andar á buscar
Por güertas y por jardines?

¡Oh, si Pedro estaba aquí,
Buena disculpa tendréis!

ELVIRA.

¿Qué es lo que agora queréis,
Que siempre os andáis tras mí?

COSME.

No me habléis de chirimía;
Porque ¡por el sol de Dios,
Que.....

ELVIRA.

¡Mal año para vos!

COSME.

¿Tras Pedro andar todo el día?
¡Por los órganos benditos,
Que os tengo.....

JUAN.

Primos, ¿qué es esto?

COSME.

¿Qué ha de ser?

JUAN.

¿Vos descompuesto?

ELVIRA.

Pues á fe.....

COSME.

No me deis gritos;
Entrad allá noramala.

ELVIRA.

Entraránse.

COSME.

¿Qué razón?

ELVIRA.

¿Han vido el bobalaysón?
Si el Rey llevara alcabala
De tontos, más le valiera
Que las Indias.

Vase.

COSME.

Y si al Rey

Pagara por justa ley
Toda mujer bachillera
Una blanca al mes no más,
No tuviera en qué poner
Lo que había de valer.

JUAN.

No lo creyera jamás.
¿Vos con Elvira enojado?

COSME.

Vuélvenme sus cosas loco;
Pero estadme atento un poco.

JUAN.

Todo me causa cuidado.

COSME.

Hay cierto signo en el cielo

Que le llaman Capricornio,
Que reina sobre hortelanos
Á veinte y cuatro de Agosto.
Éste es de tal calidad,
Que no se poniendo en cobro,
Dando el sol en la cabeza,
Con el ardiente bochorno
Salen unos picotitos,
Que no los sintiendo el propio
Que tiene la enfermedad,
Desde lejos los ven todos.
Soy hortelano, ya veis,
Y deste mal temeroso,
No quiero que, por desgracia,
Que Elvira es mujer, vos mozo,
Me naciese un turumbón
Tal, que con ningún socrocio
Se me baje de la frente;
Y así habrá de ser forzoso
Que os volváis á las Italias
Con el arcabuz al hombro,
Y dejéis el azadón;
Que aun temo (si no es antojo)
Que aun os habéis de llevar
Á mi mujer de retorno.

JUAN.

Cosme, yo soy vuestro primo,
Mas si vos estáis celoso,
No os quiero hacer mal casado;
Que es celoso, sobre tonto,
Incurable enfermedad:
Vuélvome á Italia, quejoso
De ver término tan bajo;
Luego en camino me pongo
Que me volváis mi dinero.

COSME.

¿Tan presto os vais?

JUAN.

Es forzoso.

COSME.

¡Qué colérico que sois!
Ea, no haya más enojo;
Que no lo dije por tanto.

JUAN.

¡Oh, á cuántos ha puesto el oro
El sufrimiento en la frente
Y las capas en los ojos!
¿Quédome en casa?

COSME.

Pues ¡no!

Pero con recato en todo,
Huyendo de darme causa
Á pensar algún quillotro;
Que este día la amistad
Hizo fin.

JUAN.

Yo haré de modo
Que vos quedéis satisfecho
Y Elvira también.

COSME.

¿Qué? ¿Cómo?

JUAN.

Que viváis en paz los dos,
Sin reñir uno con otro.

COSME.

Pues con aquesa palabra
Voy á sacar los repollos;
Que no seremos amigos
En habiendo monipodio.

Vase.

JUAN.

Turbado estuve escuchando
Del villano cauteloso
Los celos. ¡Oh amor valiente,
En qué peligro me pongol
Hablo de noche á Leonarda,
Porque de mi ropa tomo,
Con ayuda de Lisardo,
Que por las señas conozco,
Vestido galán y rico;
Mas luego á mis plantas oigo
Que me busca entre estos cuadros
Esta villana ó demonio.
También don Fernando viene
Tal vez, tierno y amoroso,
Á requebrar á Marcela,
Y estuvo una noche en poco
De llegar á conocerme,
Si con un salto no pongo,
Por lo bajo de las tapias,
Tierra en medio, presuroso.
¡Oh amor! ¿En qué ha de parar
Este atrevimiento loco?
Don Fernando viene. ¡Ay, cielo,
De cualquier temor me asombrol

Sale D. Fernando.

FERNANDO.

Hallarte solo, Pedro, tengo á dicha,
Para hablarte en negocios que me importan.

JUAN.

Yo serviros, señor, tengo por dicha.
(Hoy en su flor mis esperanzas cortan
Las manos de mi bárbara desdicha.)

FERNANDO.

Dejando muchas causas que me exhortan
Á hacer, Pedro, de ti la confianza
Que ha dado á mis cuidados esperanza,
Sabrás que yo he tratado el casamiento
Con don García, un caballero noble,
Á mi hermana Leonarda, cuyo intento
No puedo hacer que á la razón se doble:
No así combate en alta mar el viento,
Ni con menor rigor peñasco inmoble,
Que yo la persüado, y ella, esquiva,
Inobediente, de su bien se priva.

Y no sabiendo qué ocasión podía
Obligarla á porfía tan villana,
Hallé, Pedro, la causa, aunque venía

Más á ver á mi prima que á mi hermana.
Á esta ciudad, para pasar á Hungría,
Parte de la nobleza castellana
Ha venido gallarda, y habrá sido
La causa alguno que la habrá servido.

Porque anoche le vi, que por la reja
Con ella hablaba, y sé que no quedara
Del castellano el catalán con queja
Si por las tapias bajas no saltara.
Mañana se han de alzar; cuanto haces deja,
Y con dos ó tres hombres las repara;
Advirtiendo también que has de ir conmigo
Á aguardar esta noche mi enemigo,
Que éste no vendrá solo; y pues soldado
Fuiste en Italia, y hombre me pareces
Para toda ocasión, puesto á mi lado,
Bastantes prendas de valor me ofreces.
¿Tienes espada?

JUAN.

Y un broquel guardado,
Que hecho rajas se ha visto algunas veces.

FERNANDO.

Pues ven, porque te dé capa y sombrero.

JUAN.

Voy por la hoja.

FERNANDO.

Pues allá te espero.

Vase.

JUAN.

Salí de la confusión
Y del peligro en que estaba,
Aunque no del casamiento
Que le han propuesto á Leonarda;
Pero, en fin, ella no quiere:
Claro está que soy la causa,
Aunque contra mí me lleva
Quien con la verdad se engaña.
Uno soy de los que trujo
La nobleza castellana,
No para pasar á Hungría,
Mas sólo por ver á Italia.
Mi Leonarda está en la reja;
No puede ventura tanta
Suceder á mejor tiempo.

Leonarda á la reja baja.

LEONARDA.

¿Es Pedro?

JUAN.

Mi bien, aguarda,
Que he de volver con tu hermano
Con ferreruelo y espada;
Que dice que un castellano
Por esta huerta te habla,
Y dice bien, pues soy yo.
Mi propio nombre me llama
Cuando yo te llegue á hablar,

Porque he pensado una traza
Para hablarte en su presencia.

LEONARDA.

No te entiendo bien, aguarda.

JUAN.

Con las mujeres discretas
Sola una palabra basta.

Vase.

LEONARDA.

¡Extraña confusión, extraño intento,
Extraño pensamiento,
Tener celos mi hermano,
Y con razón, de un hombre castellano!
¡Oh amor, profundo mar, eterno abismo!
¡Tener celos del mismo
A quien lleva á su lado!
Pues donde más acierta, más ha errado.
Casarme pretendió con don García;
Mas ya, ¿cómo podía
Obedecer su gusto?
Porque amor y casarse es caso injusto.

Salen D. Fernando y D. Juan, con armas.

JUAN.

Este consejo te doy,
Si quieres saber quién habla
Con Leonarda, mi señora,
Porque yo llegaré á hablarla
Fingiéndolo que soy el hombre
Que por las paredes salta,
Pues es fuerza que ella entonces
Le ha de nombrar engañada.

FERNANDO.

¡Discreto consejo! Llega,
Y escucha por la ventana
Si ella ó Marcela, su prima,
Hacen labor en la sala.

JUAN.

Ya llevo.

LEONARDA.

¿Quién es?

JUAN.

Señor,

En la reja está Leonarda.

FERNANDO.

Finge que eres castellano,
Pues la lengua castellana
Hablas con tanta destreza.

JUAN.

En los presidios de Italia
La aprendí famosamente.
Yo soy, hermosa Leonarda.
Ve escuchando lo que dice.

LEONARDA.

¡Oh, mi don Juan de Peralta!

JUAN.

Don Juan de Peralta dijo.

FERNANDO.

Ya lo entiendo. ¡Hermosa traza!
Ya por lo menos sabemos
El nombre; habla más, ¿qué tardas?

LEONARDA.

¿Cómo venís, mi señor?

JUAN.

Lleno de mortales ansias,
De celos de don García.

FERNANDO.

¡Qué lindamente la engaña
Tratando del casamiento!

LEONARDA.

Aunque mi hermano se cansa
En persuadirme, no crea
Que haré de mi amor mudanza;
Ya estoy casada en Castilla.

FERNANDO.

¡Dice que ya está casada!

LEONARDA.

Ya soy vuestra, don Juan mío,
Y no hay más firme lazada
De diamantes, para el pecho,
Que la que casa dos almas.
Mejor sois vos que García;
Que ya estoy bien informada
De vuestra hacienda y nobleza.

FERNANDO.

Menos mal del que esperaba,
Si es este don Juan tan noble.
Buscarle quiero mañana:
No permita mi desdicha
Que con la Reina se vaya,
Si es posible que en mi honor
Haya más que la esperanza.
Que es el amor tan sutil,
Ejemplo tantas desgracias,
Que fia todo el valor
Sobre cualquiera palabra.

Elvira con sombrero, capa y espada; detrás Cosme
con capilla y espada.

ELVIRA.

¿Puede haber mayor locura
Que, celosa de mi ama,
Venir á acechar las rejas?

COSME.

Siguiendo voy sus pisadas.
¡Voto al sol, que desta vez
Toda la hestoria se acral!

FERNANDO.

Pedro, los contrarios vienen.

JUAN.

Pues saca, señor, la espada.

FERNANDO.

¡Mueran!

ELVIRA.

¿Quién ha de morir?

FERNANDO.

¿Castellanos en mi casa?

ELVIRA.

Elvira soy.

COSME.

Y yo Cosme.

FERNANDO.

Pues ¿adónde vais con armas?

ELVIRA.

A Cosme vine á acechar,
Que por esas tapias bajas
Mete mozas en la güerta.

FERNANDO.

¿Hay tal maldad?

ELVIRA.

Esto pasa.

FERNANDO.

¿No tenéis vergüenza?

COSME.

¿Yo?

ELVIRA.

Vos, pues.

COSME.

Si no me levanta

Testimüños, ¡prega á Dios.....

FERNANDO.

Ahora bien: los dos se vayan;
Que mañana yo sabré
Cómo mi casa se guarda.

COSME.

¡Voto al sol, que he de poneros
Como un salmón las lunadas!

ELVIRA.

Saberlo tiene señora:

¿Pensáis que no os vi sacarlas
Almendras verdes y priscos?
Cinco ó seis tenéis preñadas.

COSME.

¿Hay mayor bellaquería?

Vanse.

FERNANDO.

¡Buena noche los aguarda!

JUAN.

¡Extraños celos!

FERNANDO.

Notables.

JUAN.

¡Qué gracia!

FERNANDO.

¿Fuése mi hermana?

JUAN.

Ya se fué.

FERNANDO.

Pues ven conmigo;

Que quiero que demos traza
Para buscar en Palacio
Este don Juan de Peralta.

TERCERA JORNADA.

Salen Leonarda, Marcela y D. Juan, muy galán,
con capa y sombrero de plumas.

LEONARDA.

Vete, mi bien, que el aurora
Ver estas flores desea;
No se levante y nos vea
Mi hermano.

JUAN.

Después, señora,
Que el sol que adorá las dora,
¿Decís que el alba saldrá?

LEONARDA.

¿No ves que lo muestran ya
Calandrias y ruiseñores?

JUAN.

Pues digan las mismas flores
Si en ellas el alma está.

LEONARDA.

Vete, que vernos recelo
Si sale el sol.

JUAN.

Yo me iré;
Quien con ese sol no ve,
No verá con el del cielo.

LEONARDA.

Vete, que es mucho desvelo
Para no haber descansado
De las galas y el cuidado
Que te ha costado la fiesta.

JUAN.

Si mi Aurora no se acuesta,
Siempre estaré desvelado.

LEONARDA.

Noches quedan; ya es de día,
Vete, mis ojos, con Dios.

JUAN.

Pues el sol se mira en vos,
Resplandeced, fuente fría;
Flores, creced á porfía
Hurtándoles las colores;
Salid, claveles, salid
Y aquestos cuadros vestid
De mis alegres favores.

Vase.

MARCELA.

Amor, Leonarda, no siente
Ni el cansancio ni el temor.

LEONARDA.

Cuando no tuviera amor,
Hoy probara su accidente.
Permíteme que te cuente

De aquesta noche la fiesta,
Y verás si tengo puesta
El alma en dichosa parte.

MARCELA.

Leonarda, sólo escucharte
Será la mejor respuesta.

LEONARDA.

Fuí con mi hermano á la famosa playa
Que de la roja púrpura corona
De nativos corales la atalaya,
Registro de la mar de Barcelona.
Y aunque otras mil atarazanas haya,
Donde el arte galeras perfecciona,
Rindan ventaja á la que lleva el día
Que salga en ella la imperial María.

Pinta un caballo un célebre poeta,
Diciendo que es el mismo pensamiento,
Tal vez que, de los aires estafeta,
Desprecia en la carrera su elemento.
Ya dice que paró veloz cometa,
Esparciendo relámpagos al viento,
Copiando, porque á Rubens se anticipe,
El retrato de Júpiter Filipe.

Pues ¿cuánto con mejor pincel, Marcela,
Este caballo de la mar pintara,
Si su cristal, sirviéndole de tela,
En la ribera contrapuesta para?
Los rojos remos de una y otra espuela
Parecen alas de la Fénix rara,
Que volarán, aunque mojadas plumas,
Rompiendo el agua y levantando espumas.

Ha puesto la ciudad tanto cuidado,
Marcela, en fabricar esta galera,
Como si en jaspe ó mármol coronado
De mil columnas un palacio hiciera.
De ébano, de oro y de marfil labrado,
El más rico escritorio no pudiera
Igualar á la popa; que es mentira
Cuanto en cuadras de príncipes se mira.

Estrado pueden ser los filaretos
De la más alta y principal señora;
Los árboles, mesanas y trinquetes
Más le doran al sol que el sol les dora.
Flámulas, estandartes, gallardetes,
Que al sol de Hungría llevarán su Aurora,
Con tales ondas de damasco mueven,
Que las del agua con las puntas beben.

En esta caja han de llevar el uno
De los cuatro diamantes españoles,
Perla que no la tuvo mar ninguno
De cuantos vieron popas y faroles.
El frío en Alemania es importuno,
Por eso el uno de sus cuatro soles,
Filipe, dos Infantes y María,
Quedándose con tres, España envía.

Después que vi, Marcela, el Argos nuevo
Que ha de llevar el rubio vellocino,
Mejor Jasón á más dorada Febo,
La negra sombra de la noche vino.
En Palacio, no sé cómo me atrevo
A decirte que vi su sol divino,

Donde el amor con general deseo
Le previno las galas de un torneo.

Pero esto corta maravilla encierra
Para las muchas que sus ojos vieron,
Pues más de cuatro mil hombres de guerra,
Entrando la ciudad, la recibieron.
Aquí mostró la belicosa tierra
De qué valor sus armas procedieron,
Entoldando los aires tafetanes
De tantos generosos Capitanes.

Puede armar Barcelona, que es trofeo
Digno de su grandeza, en un instante
Diez mil soldados; pero ya el torneo
Me pide señas de mi dulce amante.
En cuatro carros, como el mundo, veo
Dividido el teatro militante,
Que le formaron con bastante espacio,
Juntándose á la puerta de Palacio,

Cuatro cuadrillas que, de veinte en veinte,
Con las armas la noche hicieron día;
El carro celestial resplandeciente
Con los mantenedores parecía.
Tanta color y pluma diferente,
De las celadas fúlgidas salía,
Como se ven distintas las colores
En macetas de plata varias flores.

En medio, pues, Marcela, de la fiesta,
Al gran teatro un caballero sube,
Que aventurero, espada y lanza apresta,
En quien la vista con razón detuve.
No conociera, la celada puesta,
Mi amado sol, pues le sirvió de nube,
Á no ser por Lisardo, su padrino,
Que á darme el premio á la carroza vino.

Pasó la voz en el vulgar estruendo,
De que era caballero castellano,
Cuando don Juan, con su padrino huyendo,
De las curiosas fué seguido en vano;
Y sin las armas, al jardín volviendo,
Agora se transforma en hortelano,
Renovando la antigua gallardía
Que estas hazañas emprender solía.

Donde Lisardo, aquel su amigo, vive,
Las armas deja, y como viste viene
Donde mi alma, aurora, al sol recibe,
Que entre estas flores mi esperanza tiene.
Temo que el tiempo deste bien me prive;
Así, celoso de su honor, previene
Casarme don Fernando; y don García,
Mientras más le aborrezco más porfía.

En tanto yo, fingiendo ruseñores,
En esta dulce primavera, ¡ay cielos!
Desciendo á este jardín, y escucho amores,
Y sin salir, sosiego sus desvelos.
Mientras sus diligencias son mayores
Buscando mi don Juan, llenos de celos,
Le tengo aquí, sin que malicia tanta
Sepa que es él el ruseñor que canta.

MARCELA.

Extraña y nunca vista gallardía
Atreverse, Leonarda, un caballero

Castellano, á salir adonde había
Tanto señor bizarro aventurero.

LEONARDA.

¡Ay, Marcela! Mi hermano y don García:
Entre estas murtas esconderme quiero.

MARCELA.

¿No le quieres hablar?

LEONARDA.

No, que no es justo,
Si anda cerca don Juan, darle disgusto.

Escóndense.

Salen D. Fernando y D. García.

FERNANDO.

Esta ha sido la causa, don García.

GARCÍA.

Y ¿sábelo Leonarda?

FERNANDO.

No lo sabe.

GARCÍA.

¿Que por la huerta ese don Juan venía?

FERNANDO.

Cierto portillo le sirvió de llave:
Busquéle por Palacio todo el día,
Y no debe de ser persona grave,
Pues nadie sabe que tal hombre venga,
Ni en casa de la Reina oficio tenga.

GARCÍA.

Si don Juan de Peralta se apellida,
Y es hombre principal, ¿cómo es posible?

FERNANDO.

Querrá, por ser persona conocida,
Andar en estas fiestas invisible.
Leonarda, en los jardines divertida,
Cosa para mis celos insufrible,
Dice que entre estos árboles y flores,
Sólo viene á escuchar los ruseñores.

GARCÍA.

¿Tantos cantan aquí?

FERNANDO.

No sé si cantan:

Que apenas el aurora las despierta,
Cuando Marcela y ella se levantan,
Y bajan á las fuentes de la huerta.

GARCÍA.

Sin duda con su canto las encantan,
Y más si tiene á todas horas puerta
El ruseñor don Juan.

FERNANDO.

Persona es alta.

GARCÍA.

Así lo dice el eco de Peralta;

Pero dejadme á mi buscar al hombre.

FERNANDO.

¿Cómo le habéis de hallar, si yo no puedo?

GARCÍA.

Yo sé que lo sabré, diciendo el nombre
Á gente de Madrid y de Toledo.

¡Que ponga un forastero gentilhomme
Á caballeros catalanes miedo!

¡Vive Dios, si la vida no me falta,
Que he de hallar y matar este Peralta!

Vase.

MARCELA.

¿Qué te parece, Leonarda,
Del valiente don García?

LEONARDA.

Que dentro del alma mía
Don Juan, de los dos, se guarda.

MARCELA.

En el jardín se quedó
Tu hermano.

LEONARDA.

Á verle saldré,

Como que ahora llegué.

MARCELA.

¿Y yo contigo?

LEONARDA.

Pues ¿no?

¿Tan de mañana, Fernando?

FERNANDO.

Por la mano me ganaste,
Pues lo mismo preguntaste
De que me estaba admirando.

Dirás que vienes á oír,
Como sueles, en las flores,
Á tus dulces ruseñores.

LEONARDA.

Más tarde suelen venir.

FERNANDO.

Y vos, señora Marcela,
¿Tenéis la misma afición?

MARCELA.

Más gusto de una canción
Que Elvira con Isabela,
Á quien ayudan también
Los amigos jardineros:
Al salir los dos luceros
Cantan al alba muy bien.

FERNANDO.

¿No la podremos oír?

MARCELA.

¿Por qué no? Cosme.....

Sale Cosme.

COSME.

Señora.....

MARCELA.

Si los amigos ahora
Pueden á cantar venir

Eso de los ruseñores,
Fernando y yo lo pedimos.

COSME.

Pues al instante venimos.

FERNANDO.

Música, fuentes y flores,

Bien podrían despertar,
Prima, en vos el sentimiento

Que no puede mi tormento.

MARCELA.

No pueden dormir y amar
Asistir en un sujeto.

FERNANDO.

Luego ¿jamás?

MARCELA.

Pienso que sí.

FERNANDO.

Yo lo entendiera por mí
Si cupiera en ser discreto.

MARCELA.

¡Qué triste Leonarda está!

LEONARDA.

Divertida en esta fuente,
Mirando estoy su corriente
Cómo viene y cómo va.

FERNANDO.

Pensarás que es ruiсеñor
El bullicio del cristal.

LEONARDA.

No canta el arena mal.

Cosme, Elvira y músicos.

ELVIRA.

¿Quién lo manda?

COSME.

Mi señor.

Cantan.

MÚSICOS.

No son todos ruiсеñores
Los que cantan entre las flores,
Sino campanitas de plata
Que tañen al alba,
Sino trompeticas de oro
Que hacen la salva á la gloria que adoro.

FERNANDO.

¿Cuya es la letra?

COSME.

Señor,

Yo la compuse.

ELVIRA.

Es mentira.

FERNANDO.

¿Sois poeta?

COSME.

Calla, Elvira.

ELVIRA.

Si Góngora fué su autor,
¿Para qué dice qué es él?

COSME.

¿No veis que se usa así?
Pero oid mis versos.

FERNANDO.

Di.

COSME.

Riberas de Zapardiel,
Estaba un pastor echado,
Sin zurrón y sin ganado,

Muerto de hambre y de frío:

¡Qué desvarío!

Dióle amor en la mollera,

¡Qué borrachera!

Con un box de zapatero:

¡Ay, que me muerol

Por Inés de Villalobos

Da corcovos,

Y ella se fué con un sastre:

¡Qué desastre!

Nadie se fie de Ineses

Por cuatro meses,

Que sin los nueve cumplir

Suelen parir;

Y traer esos chichones

Son traiciones.

Aquí la historia hace fin.

¡Dilín, dilín!

¡Dilón, dilón!

¡Ay, que tañen en San Martín!

¡Ay, que tocan en San Antón!

MÚSICOS.

¡Qué buena letra!

COSME.

Es verdad

Que las capillas la cantan
Desta suerte, y que levantan
El pueblo por novedad.

Mas ya que todos se fueron
Por no escochar mi poesía,

Porque bastaba ser mía,

Adonde nunca se oyeron

Perigallos en la lengua,

Sino los concetos craros,

Que en Pedro tengo de habraros.

FERNANDO.

¿En Pedro?

COSME.

¿Qué mayor mengua

Que inquietarme mi mujer?

Que me la tiene perdida;

Que ni me guisa comida,

Ni aun ya la acierta á comer.

Ayer me trujo un mortero,

Pidiéndole un azadón;

Hoy le pedía el jubón.....

FERNANDO.

Pues bien, ¿qué os trujo?

COSME.

El braguero.

FERNANDÓ.

¿Sois enfermo?

COSME.

No, señor;

Que es de Pedro, mi pariente.

FERNANDO.

Pues para que no os afrente
(Que echarle es mucho rigor),

En mi cuarto.....

COSME.

¡Ah, mujer vanal

FERNANDO.

Hay vacío un aposento,
Y en él podrá estar.

COSME.

No siento

El ver á Elvira liviana,
Tanto como verle á él
Tan cuidadoso y peinado.

FERNANDO.

Ello está así remediado:
No os atraveséis con él.

COSME.

El cielo, señor, os guarde.

Vase.

Sale D. Juan.

JUAN.

¿Tan de mañana á las flores?

FERNANDO.

Merecen los ruseñores
Verlos por mañana y tarde;
Y vos, Pedro, merecéis
Mejor un justo castigo:
Pues ¿cómo á un deudo amigo,
La mujer le pretendéis?
Si no lo fuérades mío,
No sé, ¡por Dios! lo que hiciera.

JUAN.

¿Yo, señor?

FERNANDO.

¿Qué deudo hubiera

Que hiciera tal desvarío?
Yo os quiero bien, y así os quiero,
Pedro, con Julia casar,
Y con ella os quiero dar
Casa, ajuar y dinero,
Porque, como á su criada,
Leonarda la vestirá;
Y no busquéis mujer ya
Dentro en mi casa y casada.

Vase.

JUAN.

¡Señor!

LEONARDA.

¿Querrás disculparte?

JUAN.

Leonarda, verdad ha sido
Que Elvira me ha perseguido;
Mas querer asegurarte
De una villana tan vil,
Fuera, en quien yo soy, error
Y afrenta de tu valor.

LEONARDA.

¡Gentil disculpa sutil
Pero el galán más gentil
Y que más lealtad nos guarda,
Quiere más, si le acobarda
Sólo el esperar un hora,

La brevedad labradora
Que la señora que tarda.
¡Qué presto se comunican
Á cualquier cosa posible
Los hombres, y á lo imposible,
Qué mal la esperanza aplican!
En viendo que les replican
Á cualquiera petición,
Acuden á la traición;
Que como su libertad
Nació sin honestidad,
De cuantas los quieren son.

¿Estos eran los deseos,
Las lágrimas y suspiros?
Para hacer tan bajos tiros,
¿Qué sirven altos empleos?
¡Qué pensamientos tan feos!
Pero no me espanto ahora
Que coma á la labradora
Quien ayuna á la endiosada,
Porque supla la criada
Lo que falta á la señora.

Ahora bien, esto hizo fin;
No haya más, señor don Juan,
Que aunque mi aposento os dan,
Más queréis el del jardín;
¡De la violeta al jazmín
Quisiera verle abrasado!
¡Buen galardón me habéis dado!
Pero gran consuelo ha sido
El haberos conocido
Antes de veros casado.

¿De esos sois? No me quedara
Criada, por vil que fuera,
Que de vos estar pudiera
Segura, aunque más guardada.
Pues antes de ser casada
Estos disgustos me dan,
Castilla me da un refrán
Que dice: «Allá darás, rayo:»
Tenga yo sola el ensayo,
Y otra la fiesta, don Juan.

Vase.

JUAN.

¡Señora, señora mía!
¡Leonarda! ¡Tenla, Marcela!

MARCELA.

¿Qué he de tenerla, si vuela
Con alas de tu osadía?
¿Quién en el mundo podía,
Si no un castellano, hacer
Tal maldad? ¿Esto es querer?
¿Quiérese allá desta suerte?

Vase.

JUAN.

¿Eso dices? Oye, advierte....
Fuése, engañóse; es mujer.

¿Qué fiera, qué tigre airada,
 Qué sierpe se pudo ir,
 Qué mar, sin querer oír,
 Ó qué víbora pisada?
 ¿Qué león, qué ardiente espada
 En venganza de traición?
 Que no hacen comparación,
 Ni la pueden igualar,
 Fiera, tigre, sierpe, mar,
 Víbora, espada y león.

Entra Elvira.

ELVIRA.

A dicha, Pedro, he tenido
 En esta ocasión hallarte.

JUAN.

¿Qué consuelo, y en qué parte,
 Para tanto bien perdido!

ELVIRA.

¿Cuándo ha de ser aquel día
 Que tengas duelo de mí?

JUAN.

¿Cuándo de no verte á ti
 Será tal la dicha mía?

ELVIRA.

Una palabra siquiera,
 ¿No escucharé de tu boca?

JUAN.

Acuchillas una roca
 Con una espada de cera.

ELVIRA.

¿Qué tienes, que tan mortal
 Me responde tu desdén?

JUAN.

Por ti he perdido mi bien;
 Mira tú qué mayor mal.

ELVIRA.

¿Por mí, traidor? ¿Eso pasa?
 ¿Qué mal tienes tú por mí?

JUAN.

¿No es mal echarme por ti
 Don Fernando de su casa?

ELVIRA.

Pues ¿qué causa pudo haber?
 (1)

JUAN.

Decir Cosme, tu marido,
 Que le quito su mujer.

ELVIRA.

Que te echará no lo creas,
 Que tienes buenos padrinos.

JUAN.

Huiré de tus desatinos
 Adonde nunca me veas.

Vase.

Sale Cosme.

COSME.

Juráralo yo. ¡Así, así!

¿Siempre juntos?

ELVIRA.

Preguntaba
 A Pedro que dónde estaba
 La sartén que ayer le dí.

COSME.

Pues dime, ¡maldita seas!,
 ¿Cómo pidiendo sartén,
 Responderte viene bien
 «Adonde nunca me veas?»

¡Por los bodigos benditos
 Del día de Todos Santos,
 Que coja de aquí dos cantos!....

ELVIRA.

¡Ay, ay, ay!

COSME.

¿Sin daros, gritos?
 ¿Es la treta llamatoria
 Para que vengan vecinos?

ELVIRA.

Desatinos.

COSME.

¿Desatinos?
 Ya entiendo toda la hestoria.

Juntos las noches y días,
 Y tú, muy fuera de ti,
 Tras él de aquí para allí,
 Como el perro de Tobías.

Pues yo os daré tal jabón,
 Aunque hagáis más diligencias,
 Que os queden las dos ausencias
 Como ruedas de salmón.

Sale D. Fernando.

FERNANDO.

¿Siempre habéis de estar riñendo?
 ¿Siempre celos? ¿Sólo un día
 No habéis de vivir en paz?

COSME.

Señor, si no quiere Elvira
 Hacer lo que yo le mando,
 No tendré paz en mi vida.

ELVIRA.

Señor, si Cosme es celoso,
 Y sobre necio porfía,
 ¿Quién de los dos tiene culpa?
 Pedro sus cuadros cultiva,
 Y yo estoy en mis haciendas;
 Tantas cosas imagina,
 Que anoche entró de repente,
 Pensando que yo sería,
 Y halló á Pedro, que le daba
 De comer á la borrica.
 ¿Esto se puede sufrir?

FERNANDO.

Elvira tiene justicia,
 ¡Noramala! Mirad bien
 Lo que hacéis.

COSME.

Si la pollina
 Tiene las orejas blancas,

(1) Falta un verso.

¿Fué mucho engañar la vista
Pensando que eran las tocas?
Demás que, como crujían
Los granos de la cebada,
Presumí que le decía
Algún requiebro entre dientes.

FERNANDO.

Ahora bien, Cosme, esto sirva
De que no haya más enojos;
Habladla, ¡por vida mía!,
Que yo quiero hacer las paces.

COSME.

Señor, como quiera Elvira.
Aquí estoy.

FERNANDO.

Ella querrá.

¡Ea, Elvira!

ELVIRA.

¿Yo le había

De abrazar?

COSME.

Agradeced

Que señor me lo suplica.

ELVIRA.

Pues ¿haráme para Pascua
Manteo, ropa y basquiña?

COSME.

¡Que no haya paces sin sastrel
Luego ha de entrar. ¡Qué desdicha!
¡Ea, que yo lo haré todo!

ELVIRA.

Pues yo os abrazo, mi vida.
¡Qué maridito, qué ojos,
Qué copete, qué barbita!
Santantón parece el hombre
En ermita de Galicia.

COSME.

Añadedura de pierna,
No soltéis la taravilla.

ELVIRA.

¡Quién os viera en el reloj,
Carnerito de Medinal

Vase.

COSME.

Ya, mi señor don Fernando,
Que esta de mujeres pizca
Se fué, y que mis celos trata
Como si fueran mentira,
Sepa su merced que quiero
Comprar un macho, y querría
Saber el valor que tiene
Esta moneda esquesita,
Para que nadie me engañe.

FERNANDO.

¿Qué es della?

COSME.

En esta bolsita

La tengo.

FERNANDO.

Estos son doblones:

Oro, y armas de Castilla.
¿Vos tenéis este dinero?

COSME.

Pues ¿cuándo ha sido desdicha
Tener dineros, señor?

FERNANDO.

La inocencia y la malicia
Se han juntado en esta bolsa.
¿Quién os la dió?

COSME.

No me riñas.

FERNANDO.

¡Bellaco, traidor!

COSME.

Tener

Dinero, ¿es bellaquería?

FERNANDO.

¿Quién te lo dió? ¡Prestol

COSME.

Pedro,

Señor, el primero día
Que vino de las Italías.

FERNANDO.

Allí viene; vete aprisa,
Y déjame aquí con él.

COSME.

Nunca pensé que sería
Desdichado con dineros.

Vase.

Sale D. Juan.

JUAN.

Lágrimas ablandan iras.
Ya queda llana Leonarda,
Desengañada y mi amiga;
Mucho me costaron celos,
Pero amistades confirman.
¡Oh, qué bien dijo un poeta
Que sus defectos sabía,
Que el amor es celos de oro,
Y celos amor de alquimia!
Mas ¡ay! aquí está Fernando.

FERNANDO.

Pedro, aquesta casa es mía,
Y como ella es todo honor,
Le ha de tener quien la sirva.
Fiéle de vos muy necio.....

JUAN.

¡Aquí se acaba mi vida!
¡Qué de fortunas me siguen!

FERNANDO.

Y cuando yo presumía
Que érades hombre de bien,
Hallé que todo es mentira,
Pues dais á Cosme doblones,
Siendo verdad conocida
Que es á costa de mi honor.
Pues, Pedro, por cortesía,
Sin que haya paso de daga,
Por ser prevención traída,

Que me digáis quién os dió
La bolsa, y no de reliquias,
Aunque es ya del mundo el oro
La mayor idolatría.

JUAN.

Señor, diciendo verdad,
Como Elvira me quería,
Me dió esta bolsa, y me dijo
Después de grandes porfías,
Que aquel don Juan de Peralta,
Caballero de Castilla,
Se la dió porque le abriese
La puerta; yo, que tenía
Amor, dila á su marido,
Sabiendo que la codicia
Ablanda al más fiero toro
Que vió del Tajo la orilla;
No tuve culpa, que fué
Necedad entonces mía
No deciros la verdad.

FERNANDO.

¿Dos veces, infame Elvira,
Así mi casa y tu honor
De esa manera ofendías?
Vete, que viene mi hermana
Y me importa hablarla.

JUAN.

¡Expira
Sin remedio mi esperanza!

Vase.

FERNANDO.

Puesto que el honor me incita
Á la venganza, es prudencia
Que con alguna mentira
Quite á mi hermana el amor,
En cuyo remedio estriba
Que se case, y que ella propia
Su casamiento me pida.

Sale Leonarda.

LEONARDA.

Menos solías estar,
Fernando, en este jardín.

FERNANDO.

Cuidados son, y á este fin
Hallo en sus flores lugar.

Estos son los rui señores,
Leonarda, que vengo á oír;
Mas ya es tiempo de decir
Y tratar cosas mayores.

Yo, hermana, he disimulado
Vuestro necio pensamiento,
Pensando, á mi honor atento,
Que lo hubiera remediado.

Mas con engañados medios
Seguí tan injusto error,
Porque nunca un grande amor

Tuvo fáciles remedios.

Sabiendo el que habéis tenido
Á ese don Juan castellano,
Más como padre que hermano
Os daba el mismo marido
De que hicisteis elección;
Pero no quise que fuese
Sin que primero se hiciese
De quién era información.
Halléle gran caballero
Que de los Falces venía
De Navarra, y que tenía.....

LEONARDA.

Lo que espero desespere;
No sé en lo que ha de parar.

FERNANDO.

El tal don Juan de Peralta,
Una muy notable falta
Sin poderse remediar.

Todos dicen que es casado
Y con dos hijos no más,
Con que, Leonarda, sabrás
Qué necio fué tu cuidado;
Y que el haberle tenido
En García, era mejor,
Pagándole el gran amor
Que sabes que le has debido.

Reformar quiero mi casa;
Los pícaros jardineros
Han de salir los primeros.

LEONARDA.

Ya sabes lo que me pasa;
Sólo te pido perdón,
Y que erré como mujer
Confieso, mas no el tener
Al castellano afición,
Para tu deshonra fuera;
Que ya informarte quería,
Si el amor que á don García
Tienes, licencia me diera.

Echa esta gente de aquí;
Que dalles la culpa quiero,
Y salga Pedro el primero,
Que por él, más que por mí,
Entró don Juan en tu casa.

FERNANDO.

Saldrá luego, y por mi honor
No le mato.

LEONARDA.

Eso es mejor,
Y con tu gusto me casa;
Que sólo, como decías,
Eres mi padre y mi hermano.

FERNANDO.

¡Oh, industria, no fuiste en vano!

Vase Fernando.

LEONARDA.

¡Adiós, esperanzas mías!
No más engaños de amor.

Sale D. Juan.

JUAN.

Amor, en haciendo paces,
Con más glorias satisfacés
Que diste pena y dolor.

Dijéronme que á la huerta
Bajó la hermosa Leonarda.
¡Con qué contento me aguarda,
Ya de mis verdades cierta!

¡Qué descanso que me espera
En sus brazos! Mas ¿qué veo?
Gloria y fin de mi deseo,
Dulce aurora y primavera

Destas flores venturosas,
Que con más alegre risa,
Adonde tu planta pisa
Vuelve las espinas rosas;

Aquí está el esclavo tuyo.
¿Qué es esto? ¿Si la tristeza
Se atreve á tanta belleza?

¡Ay de mí! Mi muerte arguyo;
Á tu ceño restituyo
Aquella falsa alegría
Que de tu amistad tenía.

¡Oh, cómo pareces rosa
Que naciendo al alba hermosa,
Te cierras al fin del día!

¿No hablas, mi amada prenda?
¿Hay alguna novedad?

¿Qué importa que á la verdad
Tan necia mentira ofenda?
Habla, mi bien, haz que entienda
En qué te pude ofender;
Porque callar y querer
Con tan severa templanza,
Es género de venganza
Que no se ha visto en mujer.

Habla y márame; siquiera
Dí: Por esto te maté.
¿Hay amor, lealtad ni fe,
Tan firme, cabal, ni entera?
Esta alma, ¿no es verdadera?
Estos ojos, ¿no han llorado
Verdades que han aumentado
Estas flores? ¿No era yo
Su rui señor? ¿Quién te dió
El veneno que me has dado?

LEONARDA.

Irme sin hablar quería,
Y aunque ya tus sinrazones
Me han quitado las prisiones,
Estoy como suele el día
Que el preso que las tenía
No acierta después á andar;
Esto me ha hecho esperar,
Que aunque libre mi sentido
De la prisión que ha tenido,
No acierto á andar ni á callar.

¿Á qué efecto, castellano,
Con dos hijos por lo menos,

Que ellos bien pueden ser buenos
Siendo su padre villano,
Venías á ser tirano
De una mujer principal?
Que cuando de culpa igual,
Como siempre, á amor la den,
Eso fué quererte bien,
Pero á mí quererme mal.

¿De Madrid vienes casado
Á casarte en Barcelona?
¿Tú de la imperial persona
De la Reina eres criado?
¿Habías imaginado
Irte con mi honor á Hungría?
¿Vive Dios, que el mismo día
Te siguiera y te matara
Dondequiera que te hallara!

Hace que se va.

JUAN.

Espera, Leonarda mía,
Espera.

LEONARDA.

¿Qué he de esperar?
¿Á mí tretas castellanas?
Las mujeres catalanas,
¿Se dejan, don Juan, burlar?

JUAN.

Si te ha querido engañar
Tu hermano para casarte,
Y puedes desengañarte
Con tanta facilidad,
¿No será grande crueldad
Dejar, mi bien, de informarte?
¿Yo casado?

LEONARDA.

Luego ¿no?

JUAN.

¿Yo con dos hijos? ¿No miras
Que con tan claras mentiras
Don Fernando te engañó?

LEONARDA.

¿Cómo puedo saber yo
Que mi hermano me ha engañado,
Y que tú no eres casado?

JUAN.

Con esta carta no más,
Donde un retrato hallarás
Con quien estaba tratado.

LEONARDA.

¡Hermosa es la castellana!

Lea.

«Después que con tantas quejas
Dejastes vuestros amigos,
Padres, hermanas y deudas
Me rogaron que os escriba
Que deis á Madrid la vuelta,
Donde tratan de casaros

Con el dueño de esa prenda,
Que, fuera de su hermosura,
Tiene cinco mil de renta
Y esperanza de otros cuatro.»
Dejo de leer por verla.
¡Brava moza! ¿Esto dejáis?
¡Oh, qué mal pensada ausencial
Volved, volved á Madrid;
Que tal dote y tal belleza
Ningún cuerdo la dejara;
Volved, y casaos con ella;
Mirad que os está llamando,
Y que pone tanta fuerza
Por hablar, que rompe el naipe.
¿Qué aguardáis? ¿Queréis que venga
Á Barcelona por vos?

JUAN.

¡Qué desdicha, qué tibieza!
¡Ni desengaños ni engaños,
Con vos, señora, aprovechan!
Mudastes en don García
Aquella falsa firmeza.
¡Ay de mí, cuántos trabajos
Mi engañado amor me cuesta!
¡Decildo vos; hablad, flores,
Á quien mis lágrimas riegan!
Fuentes, ¿qué silencio es éste,
Si tienen las aguas lengua?
Pues que lo fueron mis ojos,
Por fuente siquiera os duelan.
Yo me iré, pues que lo soy,
Al mar, y no con la Reina,
Sino adonde muerto acabe
La vida, aunque no la pena.
Acordaos del labrador,
Fuentes, flores, plantas, hierbas,
No Pedro, sino don Juan;
Y vos, catalana fiera,
Que después que me habéis muerto,
Me habéis dicho la sentencia.

LEONARDA.

¿Hay gusto como escuchar
Estas amorosas quejas?

JUAN.

Dadme el retrato, y adiós.

LEONARDA.

¿El retrato? ¡Antes os diera
Mil muertes, vil castellano!

JUAN.

Pues ¿dónde, mi bien, le llevas?

LEONARDA.

Á quemarle con el fuego
Que en las entrañas me dejás.

Vase.

Salen D. Fernando, Cosme y Elvira.

FERNANDO.

¡Ea, sin tardar un punto,
Salgan los dos de la huerta!

xv

COSME.

Pareces en el jardín
El ángel de Adán y Esgueva.

FERNANDO.

¡Ah, villanos alcahuetes!
¿Desta manera se premia.....

COSME.

¿Yo alcahuate?

FERNANDO.

Vos, picaño,
Que por dinero mi puerta
Habéis abierto á don Juan.

COSME.

¡Ojalá decir pudiera
Que la mujer me engañó!

ELVIRA.

¿Desta manera nos echas,
Después de haberte servido?

COSME.

Déjeme sacar siquiera
Mis bragas de cordellate
Y el capote de las fiestas.

Vanse los dos.

JUAN.

Señor, si puedo contigo,
Por la afición que me muestras,
Alguna cosa, te ruego
Que término les concedas.

FERNANDO.

¡No es mala la intercesión!
Vos, que con él y con ella
Fuistes cómplice en mi agravio,
¿Volvéis, con poca vergüenza,
Por ellos? ¡Salid de aquí!

JUAN.

¿Yo, señor?

FERNANDO.

¡Si no tuviera
Respeto á mi propio honor.....

JUAN.

Señor, ¿en qué está la ofensa?
¿De qué os quejáis?

FERNANDO.

En haber

Vuestra desleal bajeza
Metido un hombre en mi casa.
¡Salid brevemente della!

JUAN.

Si la ofensa fué ponelle,
¿Será, por dicha, defensa,
El ponelle en vuestras manos
Y que vuestros ojos vean
Hoy á don Juan de Peralta?

FERNANDO.

¿Dónde le he de ver?

JUAN.

En ella.

FERNANDO.

Si sabéis, Pedro, quién soy,
¿Para qué pedís respuesta?

16

JUAN.
Pues aguardad por aquí;
Que yo haré que don Juan venga,
Y os le pondré en esta cuadra.

FERNANDO.
Ninguna cosa desea
Tanto mi alma.

JUAN.
Esperad
Hasta que os llame Marcela.

FERNANDO.
Cumplid, Pedro, la palabra,
Que os mando, como yo vea
Este don Juan de Peralta
Dentro de mis propias puertas,
La mejor que hay en mi casa.

JUAN.
Esa palabra me lleva
Seguro á hacer una cosa
Tan peligrosa y mal hecha.

Vase.

FERNANDO.
¿Qué tengo que desear,
Como en mi casa le tenga?
¡Hoy he de cobrar mi honor!

Salen D. García y D. Pedro.

PEDRO.
¿La misma Leonarda ruega
Á don Fernando que os case
Tan brevemente con ella?

GARCÍA.
Si los cielos son mudables,
¿Qué os espantáis de que sean
Las condiciones humanas
Á su mudanza sujetas?
Quien ayer me aborrecía,
Hoy me quiere y me desea;
La firmeza en las mujeres
Es nunca tener firmeza.

PEDRO.
Pues os casáis, don García,
Hablad bien, pues habláis dellas;
Que es muy de necios casados
Hablar mal de las ajenas,
Por buenas que sean las suyas.

GARCÍA.
Don Fernando está en la huerta.

PEDRO.
Solo y pensativo está.

GARCÍA.
Saliendo la hermosa Reina
De Hungría á honrar, como el sol,
Ilustrando el mar, la tierra,
¿Con ese descuido estáis?

FERNANDO.
No pudiérades, si fuera
Vuestro pensamiento el mío,

Y un alma propia la nuestra,
Venir en tal ocasión.

GARCÍA.
Cuando aventurar se ofrezca
La vida por vos, ninguno
Faltará de lo que deba
Á quien es, y á vos, Fernando.

FERNANDO.
El castellano que intenta
Sin voluntad de Leonarda
(Que, agradeciendo la vuestra,
Hoy me ha dicho que os estima,
Y por marido os desea),
Tengo dentro de mi casa,

.....
Porque con engaño en ella
Me le ha puesto, ó le pondrá,
El labrador desta huerta
(De quien sus secretos fia),
Viendo que le echaba della.

GARCÍA.
¿Qué decís?
FERNANDO.
Que esta venganza
Os toca á los dos por fuerza:
Á vos, que ya sois marido
De Leonarda, pues con ella
Os casaréis esta noche;
Y á don Pedro, porque tenga,
Como amigo de los dos,
Parte en la venganza nuestra.

Hablan, y salen Cosme y Elvira con alguna ropa.

COSME.
Vos tenéis la culpa, Elvira;
Por vos de casa nos echan.

ELVIRA.
Eso sí, siempre tenemos
De cualquier cosa siniestra
Culpa todas las mujeres:
Yo, imitando á la primera,
Á la sierpe se la doy.

COSME.
¿Sierpe hay aquí?
ELVIRA.
¿Qué más fiera
Que vuestros celos?

COSME.
Aun bien
Que sacamos nuestra hacienda,
Que no nos echan desnudos:
¿Posistes bien la espetera?

ELVIRA.
Todo lo lleva el pollino;
Mirad vos si se nos queda
Olvidada alguna cosa.

COSME.
Agora echaré la cuenta.
ELVIRA.
Miraldo todo muy bien.

COSME.

Yo, el pollino, vos, la puerca;
Pratos, escodillas, cama,
Almofadre, azadón, rueca,
Arca de muesos vestidos,
Y otra con ella, pequeña,
En que están vuestos embustes,
Moñaduras y jaleas,
Redomillas, limonadas,
Botes de todas conservas;
El cernícalo, la urraca,
Mis polainas de estameña.....
Ea, todo está cabal.

FERNANDO.

Quedo; ya viene Marcela,
Que así Pedro me lo dijo.

Sale Marcela.

MARCELA.

Hallarte á solas quisiera.

FERNANDO.

¿No es mejor acompañado
Para que testigos sean
Del agravio de mi honor?

MARCELA.

No pienso yo que lo quedas.

FERNANDO.

¿Cómo?

MARCELA.

Como quien se casa,
Cuando tiene iguales prendas,
Más honra que agravia, primo.

FERNANDO.

Pues ¿quién se casa, Marcela?

MARCELA.

Don Juan de Peralta, un hombre
Cuyo valor y nobleza
Dice una cruz de Santiago.

FERNANDO.

Y ¿es bien sin que yo lo sepa?
Y ¿adónde está?

MARCELA.

Con Leonarda.

FERNANDO.

¡Haré pedazos la puerta!

Don Juan, de galán, con hábito, y de la mano Leonarda.

JUAN.

Yo soy, señor don Fernando,
Don Juan de Peralta.

FERNANDO.

Espera.

JUAN.

Y Leonarda mi mujer
No Pedro, si bien por ella
Fuí los días que sabéis
Labrador de aquesta huerta.
Si la muerte ha merecido
Esta amorosa fineza,
Aquí estoy.

COSME.

¡Pardiez, Elvira,
Que mueso primo lo era
De la señora de casa!

GARCÍA.

Yo más presto respondiera.

FERNANDO.

Leonarda, agora he caído
Por qué andabas en la huerta.
¿Son éstos los ruseñores?

LEONARDA.

Pues ¿agora se te acuerda
Que en las huertas del amor,
Aunque cuidado se tenga,
No son todos ruseñores
Los que cantan entre las flores?

COSME.

Sino Pedros, que á Leonarda
Cantan el alba;
Sino dobloncitos de oro,
Que entran y salen y se alzan con todo.

FERNANDO.

Aquí, señor don García,
La prudencia da las armas:
Ya tiene Leonarda dueño.

GARCÍA.

Doy parabién á Leonarda.

FERNANDO.

Y á mí, si Marcela quiere.

COSME.

Todos se casan y abrazan.
Pedro, pues que sois el dueño,
Todos quedamos en casa.

JUAN.

Convidad á estos señores;
Que aquí la comedia acaba,
No el deseo del poeta,
Que para serviros canta,
Ruseñores, cuando cisne;
Que si perdonáis sus faltas,
Veréis, discreto senado,
Para vuestras alabanzas,
Que siempre es negra la tinta,
Aunque estén las plumas blancas.